CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA DRAMÁTICA.

MÁRTIR SIEMPRE, NUNCA REO.

PRECIO: 8 RS.

S. H. G.

MADRID.—1863.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente, núm. 52.

MÁRTIR SIEMPRE, NUNCA REO.

Imp. de C. Gonzalez, San Vicente alta, 52.

MARTIR SIEMPRE,

NUNCA REO.

DRAMA

DE COSTUMBRES POLÍTICAS, ORIGINAL Y EN CUATRO ACTOS.

SU AUTOR

D. JOSÉ MARÍA DIAZ.

MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,

calle de San Agustin, 12, 2.º

1865.

714933

L' échafaud est le seul édifice que les révolutions ne démolissent pas. Il est rare, en éffet, que les révolutions soient sobres de sang humain, et, venúes qu'elles sont pour émonder, pour ébrancher, pour ététer la societé, la peine de mort est une des serpes dont elles se dessaisissent le plus malaisément.

. . . . . .

. . . . . .

Dans les crises sociales, de tous les echafauds, l'echafaud polítique est le plus hideux, le plus funeste, le plus veneneux, le plus nécessaire á estirper. . . . . .

. . . . . .

En temps de révolution, prenez garde á la premiére téte qui tombe.

Victor Hugo.

Es cosa muy terrible castigar con la muerte una accion que se tiene por honrada.

Jovellanos.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR

DON NAZARIO CARRIQUIRY.

Hace muchos años que la más estrecha amistad nos une, y tú crees, como yo creo, que la pena de muerte por delitos políticos, es un anacronismo vergonzoso y repugnante en el siglo XIX.

¿No es suficiente razon esta para que vaya tu nombre al frente de este drama, pálido reflejo del sentimiento público?

José María Díaz.

PERSONAJES.	ACTORES.
BEATRIZ.	Doña Matilde Diez.
ELENA..	Rosa Tenorio.
ISABEL.	Antonia Valero.
MARIA.	Emilia Dansant.
NICOLAS..	Adela Zapatero.
ALBERTO.	Don Juan Catalina.
GENERAL GARCERAN. . . .	Antonio Pizarroso.
EL MARQUÉS DE SAN JORGE.	J. Casañer.
AMBROSIO..	Mariano Fernandez.
RODRIGO SANDOVAL.	Manuel Pastrana.
ALVARO..	J. Mendoza.
GONZALO.	N. Trinchand.
CAMILO.	N. N.
ROBERTO.	N. N.
COMISARIO.	N. Móstoles.
PORTERO.	N. N.

AGENTES DE POLICIA.—PUEBLO.—CRIADOS.

La escena en Madrid. Año de 186...

Nota. Se suprime en la representacion todo lo impreso entre comillas: así lo ha dispuesto el ilustrado censor de teatros D. Antonio Ferrer del Rio.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del Centro General de Administracion son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado con lujo.

ESCENA PRIMERA.

AMBROSIO, con una carta en la mano.

Qué haré? Entregar esta carta al señor General, es darle una pesadumbre! No decirle nada, seria faltar á la confianza que en mí ha depositado! La señorita Elena! Y quién será el barbilampiño que así la ha trastornado el seso?... Alguno de estos mercaderes de amor, que truecan su vida aventurera por otra más tranquila y regalona. Ya se vé! Como el señor General es rico y ha sido diputado y es senador del reino y hombre á quien se consulta en casos graves, el tal habrá dicho para sí: «Nada pierdo, sino que gano en tales bodas.» Yo lo creo!... Y la epístola calla más que dice. Estoy seguro de ello. En materias de amor no se escribe con lágrimas, sino cuando acusa la conciencia. Quién será? Daria por saberlo!... Son tan contadas las personas que vienen á esta casa!... Veamos... Visitas del señor Marqués... el dean de no sé qué cabildo; el magistrado de la territorial, don, don, don... no me acuerdo nunca de su nombre, y eso que, segun dice su excelencia, es muy conocido en todo el rei-

no; un señor obispo... *in partibus infidelium*, y de vez en cuando alguno de los consejeros de la corona... No, no; ninguno de estos es. Visitas del señor General... el comandante del apostadero de... antiguo camarada suyo; don Anselmo, académico de la Historia, hombre setenton, y como sábio, pobre... alguno que otro senador... de los que no medran por díscolos y revoltosos, y diez ó doce marinos de tierra firme ya, á causa de la gota que los mortifica ó de la edad que los agovia. Quién más, Señor? Quién más? Ah! Ya dí con él. No puede ser otro; entregaré la carta á mi amo. El señor Marqués... Vaya un gesto de vinagre! Parece que le deben y no le pagan.

ESCENA II.

EL MARQUÉS, AMBROSIO.

MARQUÉS.

Qué hora es?

AMBROSIO.

Las doce.

MARQUÉS.

Y mi hermano?

AMBROSIO.

En su habitacion.

MARQUÉS.

Los periódicos.

AMBROSIO.

Aquí están.

MARQUÉS.

Todos?

AMBROSIO.

Todos... los que han venido.

RBC/NcU

MARQUÉS.

Déjame solo.

ESCENA III.

EL MARQUÉS, recorriendo los diarios.

Es claro; plácemes y ditirambos á la independencia de los colegios electorales; la derrota del Gobierno presta nuevo vigor al principio revolucionario. Felizmente para la sociedad no faltará energía á las autoridades en el momento del peligro! No es cosa de vivir á merced del primero que quiera, por medios ilegítimos y violentos, levantar á su nombre un pedestal! Cuanto más dura la borrasca, mayor resistencia es menester. Hace veinte años que lucho con ese torrente desbordado, que llama civilizacion el diccionario de la anarquía. Mi plan es bueno y dará su resultado. Sandoval es hombre de travesura y de accion, y aunque su lenguaje es hostil... Quién sabe! Hay hombres que gritan para que se los oiga, y en quienes el afan de enriquecerse pronto...

ESCENA IV.

EL MARQUÉS, AMBROSIO.

AMBROSIO.

Don Rodrigo Sandoval.

ESCENA V.

EL MARQUÉS, SANDOVAL.

SANDOVAL.

Señor Marqués...

MARQUÉS.

Bien venido.

SANDOVAL.

Me dijeron anoche...

MARQUÉS.

Le esperaba á usted con impaciencia.

SANDOVAL.

Ya estoy aquí.

MARQUÉS.

Nuestra amistad no es de ayer. (A una señal del Marqués toma asiento: el Marqués á su lado.)

SANDOVAL.

Es cierto: usted fué el primero que me sacó de la oscuridad en que vivia...

MARQUÉS.

Para dar á usted lo que necesita el hombre de travesura y de ingenio: ocasion.

SANDOVAL.

Elegido, por indicacion de usted, que era entonces ministro de la Corona...

MARQUÉS.

No recordemos tiempos pasados; fijemos nuestra atencion en el porvenir.

SANDOVAL.

Hola! (Aparte.) Como usted quiera, señor Marqués...

MARQUÉS. (Con intencion.)

Ya es hora, Sandoval, de que vuelva usted al laberinto de los negocios públicos.

SANDOVAL. (Aparte.)

Qué significa esto?

MARQUÉS.

Un hombre como usted, en quien van unidas la audacia y la inteligencia...

SANDOVAL.

Gracias, señor Marqués...

MARQUÉS.

No hay razon que justifique el retraimiento de un hombre... político.

SANDOVAL.

Señor Marqués, hablemos con franqueza.

MARQUÉS.

Que me place.

SANDOVAL.

Vivíamos en una paz octaviana, usted en su regalada poltrona del ministerio, y yo velando secretamente por la seguridad de las gentes honradas, cuando un aire celado, uno de esos vientos de procedencia desconocida y misteriosa que se sienten tan á menudo en la region de la política, echó por tierra el castillo, que usted, orgulloso, levantaba, y me sepultó á mí en el panteon de los cesantes. Así las cosas, nuestras dos autonomías tomaron rumbo distinto; la de usted, astro brillante y luminoso, se refugió, desengañada ó previsora, en la reducida hermandad del derecho divino de los Reyes, y la mia, nube siniestra en el horizonte de la sociedad, tomó puesto entre los más bulliciosos atletas de la moderna civilizacion.

MARQUÉS.

Pero ni usted ni yo rehusaremos nunca el concurso de nuestra inteligencia, ni el sacrificio de nuestra vida, á la felicidad de nuestra pátria.

SANDOVAL.

Por supuesto.

MARQUÉS.

Adelante.

SANDOVAL.

De familia honrada, aunque no de rancios pergaminos, pero con crecido patrimonio, y llamado á un porvenir de gloria y de aplauso, el Marqués de San Jorge es hoy dia, merced á su levantada inteligencia, el rey de la situacion. Elocuente en la tribuna y atinado en el consejo, su palabra cae sobre los ministros, como un decreto de las Sibilas. Detrás de la cortina siempre, su voluntad es ley que se acata y se obedece. Las gentes discretas le llaman ninfa Egéria, y hále puesto el vulgo de mote, *Maese Pedro el del retablo.*

MARQUÉS.

Subido está el cuadro de color, pero hay verdad en el fondo. La experiencia modifica las ideas, y la apostasía es casi siempre el resultado de una larga meditacion. La humanidad, mi querido Sandoval, camina á impulsos de una mano subterránea y misteriosa, y bueno es que llegue tranquilamente á su destino, evitando que se estrelle contra una roca, ó se hunda en un precipicio.

SANDOVAL.

Habla usted como un apóstol, y yo le escucho con la humildad de un catecúmeno.

MARQUÉS.

En esto se diferencian los hombres previsores de las cabezas alborotadas. La revolucion destruye abusos y preocupaciones; pero el órden y únicamente el órden, consolida las conquistas de la revolucion.

SANDOVAL.

Es cierto: ¿á dónde irá á parar?

MARQUÉS.

Se esplica el levantamiento de un pueblo en nombre de sus derechos; pero no cuando se los garantiza la ley del Estado. Hoy por ejemplo. Habria razon? Ninguna. Y sin embargo, las noticias que llegan de lo interior del reino son graves. Cunde el rumor de próximos trastornos y la impaciencia de ciertas ambiciones...

SANDOVAL.

Corren parejas con la tenacidad de ciertas influencias.

MARQUÉS.

Recojo la alusion.

SANDOVAL.

Respóndame usted, señor Marqués.

MARQUÉS.

Pregunte usted, mi querido Sandoval.

SANDOVAL.

Es cierto ó no, que la disolucion del nuevo Parlamento?...

MARQUÉS.

Es ya un acuerdo del consejo.

SANDOVAL.

Lo cual es una declaracion de guerra á la opinion legal del pais.

MARQUÉS.

Y un testimonio elocuentísimo de que el Gobierno está resuelto á dos cosas; primera, á obrar con energía; segunda, á recompensar con liberalidad á quien le ayude en la resistencia. (Con mucha intencion.)

(Gran pausa.)

SANDOVAL.

Yo supongo que la recompensa será...

MARQUÉS. (Con energía.)

Mayor que el merecimiento.

SANDOVAL.

Señor Marqués, confieso á usted que no es de mi agrado ya aquella vida de contínuo acecho y de misteriosas investigaciones...

(Pausa.)

MARQUÉS. (Con intencion.)

Puestos hay en la administracion...

SANDOVAL. (Con tono de seguridad y de resolucion.)

De Ultramar?

MARQUÉS. (Con intencion y algo de malicia.)

Y por qué no de la Metrópoli?

SANDOVAL.

Porque se vive allá más despacio y es más segura aquella tierra.

MARQUÉS.

Sí; pero...

SANDOVAL.

Es que... tal pudiera ser el servicio...

MARQUÉS.

Es verdad.

SANDOVAL. (Con intencion.)

Dice un adagio español, que donde menos se piensa...

MARQUÉS. (Con intencion.)

Salta la liebre?

SANDOVAL. (Con mucha intencion.)

Y si la liebre salta en esta coronada villa del madroño y yo la agarro en el salto y la entrego atadita de pies y manos?...

MARQUÉS.

Eso es distinto: no creia yo que llegara á tanto la audacia de los descontentos.

SANDOVAL.

La juventud se atreve á todo.

MARQUÉS.

Conque... aquí?

SANDOVAL.

En Madrid... y muy pronto.

MARQUÉS.

Y cómo logrará usted?

SANDOVAL.

El medio corre de mi cuenta.

MARQUÉS.

Y si el volcan estalla?

SANDOVAL.

Sofocaré el incendio.

MARQUÉS.

Espero á usted, á las tres, en el Ministerio.

SANDOVAL. (Con intencion.)

En cuál de ellos?

MARQUÉS.

En el de Ultramar.

SANDOVAL.

No faltaré.

MARQUÉS.

Adios, Sandoval.

SANDOVAL.

Adios, señor Marqués..,

ESCENA VI.

EL MARQUÉS.

No hay tiempo que perder: conozco á Sandoval. Ambrosio!

ESCENA VII.

AMBROSIO, EL MARQUÉS.

MARQUÉS.

Dí á mi hermano que volveré dentro de una hora.

AMBROSIO.

Está muy bien.

ESCENA VIII.

AMBROSIO.

Dentro de una hora! Qué vida! Siempre entrando y saliendo! Siempre en conciliábulos! Hola! (Aparece Alberto por el foro.) El señorito don Alberto! (Elena por la izquierda.) Y ella! Entregaré la carta al señor General.

ESCENA IX.

ALBERTO, ELENA.

ELENA.

Alberto!

ALBERTO.

À qué vienen esas lágrimas? Dudas acaso de la sinceridad de mi cariño?

ELENA.

No: me asusta el grito de mi conciencia!

ALBERTO.

Elena mia, no faltaré nunca á mis juramentos.

ELENA.

Tu obstinacion en no pedir mi mano al General...

ALBERTO.

Elena, soy pobre; vivo de mi ingenio; necesito que el trabajo y la opinion pública, honradamente conquistada, me ennoblezcan á los ojos de tantos, que solo ven en mí un corazon altivo y una cabeza atolondrada. Cómo puedo yo, soldado oscuro de una religion proscrita?...

ELENA.

No, Alberto; eso no es verdad. Soldado oscuro, quien lucha como tú en la imprenta?

ALBERTO.

La imprenta, Elena mia, es el palenque de la imaginacion y del estudio: gánase allí popularidad y nombradia, pero otro es el terreno en que la inteligencia se levanta sobre las preocupaciones de la sociedad y las exigencias de una familia.

ELENA.

Á ese terreno te llevará dentro de pocos dias la voluntad del pais.

ALBERTO.

Ilusiones! No penetraré nunca en ese recinto augusto, en cuyas lápidas está escrito el nombre de mi padre!

ELENA.

Alberto mio!

ALBERTO.

Mi mala estrella arrebata á mi ambicion esa esperanza; lo sé; pero te juro, Elena, que al fin he de conseguir esclavizarla á mi voluntad. Por grande que sea el riesgo á que me exponga, el recuerdo de tu amor me servirá de escudo.

ELENA.

Mejor es, Alberto, confesarlo todo á mi padre. Yo regaré sus rodillas con mis lágrimas y el noble anciano nos recibirá en sus brazos.

ALBERTO.

Tu amor, Elena, es el consuelo de mi vida; pero no será nunca la vergüenza y el oprobio de mi nombre. Única y lejítima heredera de un anciano venerable, resto de aquella generacion tan vigorosa, como los fundamentos que ella levantó á la independencia de nuestra pátria, no quiero yo que la envidia y la calumnia se ceben en el sentimiento más puro de mi alma. Quiero, Elena, que cuando penetres en el laberinto de la sociedad, te conozcan por mi nombre; no que se pierda éste entre las galas que te adornen y los blasones que te ilustran.

ELENA.

Alberto, no esperaba yo que sacrificases á una vanidad pueril...

ALBERTO.

Elena mia!

ELENA.

Éramos compañeras de colegio tu hermana y yo. Del trato de la infancia, brotó en nuestros corazones el sentimiento puro de la amistad, y en más de una ocasion cayó tambien sobre mi frente la bendicion de tu madre, santa mujer que ha pasado en el retiro y la oracion los mejores años de su vida. Á la sombra de tu hogar, Alberto, nació este cariño, que trocado en exaltacion, me llevó más tarde al extravío!

ALBERTO.

A qué recordar?..

ELENA.

Escúchame. Por vez primera resonarán en tu oido mis palabras para reconvenirte y acusarte. Te he sacrificado mi felicidad presente y mi tranquilidad futura. Por tu causa, Alberto, llevaré siempre clavada en mi corazon la espina del remordimiento.

ALBERTO.

Elena!

ELENA.

Me quieres, Alberto?

ALBERTO.

Que si te quiero, Elena? La pregunta solo es una injuria. Mi amor raya en veneracion. Te quiero, Elena, como se quiere la vida, como se quiere la honra, como se quiere á Dios! Hay para mí algo de providencial en este sentimiento que nos subyugó, desde el momento en que nos vimos. Muertos nuestros padres sobre un patíbulo, el tuyo proclamando la legitimidad de una rama proscrita, por levantar el mio la bandera de los derechos populares, nuestro cariño es santo, porque es acaso una emanacion del pensamiento de la humanidad. La palma del martirio dá sombra á sus sepulcros; nuestras lágrimas, Elena, regarán esa palma, protesta de la civilizacion contra el brazo del verdugo.

ELENA.

Pues bien, Alberto; para que corran juntas sobre la sepultura de nuestros padres, preciso es que las bendiga primero la mano de un sacerdote. El señor General... ya le conoces tú... es un buen anciano y aunque de condicion áspera y desabrida, franco y generoso; las riquezas no le han ofuscado, ni los honores engreido...

ALBERTO.

Sí, pero el Marqués de San Jorge, su hermano, es un hombre altivo y tan presuntuoso, que oye con desden y rechaza con ira cuanto no lisonjea su importancia política y social. El señor General habrá de consultarle con motivo de estas bodas, y el Marqués no aprobará nunca un enlace, que abre las puertas de su hogar al escritor humilde que le censura hoy por medio de la imprenta; al diputado audaz que le combatirá mañana en la tribuna. Elena, yo pediré tu mano al señor General, pero no hoy.

ELENA.

Cuándo?

ALBERTO.

Otro dia.

ELENA.

Cuándo?

ALBERTO.

Mañana.

ELENA.

Mañana?

ALBERTO.

Sí, Elena: de hoy á mañana se disipará esa nube sombría que oculta mi porvenir. Un suceso imprevisto suele dar esperanza al que la ha perdido, ocasion á quien la necesita, importancia á quien no la tiene. De aquí á mañana, la estrella de mi vida puede trocarse de adversa y maligna, en propicia y venturosa.

ELENA.

Te creo, Alberto; un vago presentimiento me dice...

ALMIRANTE. (Dentro.)

Déjame de canciones, Ambrosio...

ALBERTO.

El señor General... Prudencia, Elena!

ESCENA X.

EL GENERAL, ALBERTO, ELENA, AMBROSIO.

GENERAL.

Chismes de vecindad.

AMBROSIO.

Pero, señor...

GENERAL.

Vete.

ESCENA XI.

EL GENERAL, ELENA, ALBERTO.

ELENA.

Qué ha sido ello, padre mio?

GENERAL.

Nada, hija, nada; una historia que no he querido oir; chocheces de viejo.

ALBERTO.

Señor General...

GENERAL.

Hola! Estaba usted ahí?

ALBERTO.

He venido á suplicar á Elena, que fuera á pasar el dia con mi madre y con mi hermana.

GENERAL.

Y, qué motivo ocasiona?..

ALBERTO.

Hoy es el aniversario de la muerte de mi padre!

GENERAL.

Es cierto; diez y nueve de Febrero!.. Qué dia! Era usted muy niño y su madre de usted á quien he visto por la primera vez hace dos meses, no se encontraba en Madrid. Pobre Cárlos! Buen ciudadano y mejor padre de familia! Éramos amigos: le estreché la mano pocas horas antes de que subiera al cadalso! Murió con el valor de un soldado y con la fé de un mártir! Mi hijo tambien, algunos años despues y en el mismo dia... (Enternecido.) Ven, Elena, ven...

ELENA.

Señor!

GENERAL.

Era tu padre y te queria mucho! Habrás rezado por él, no es cierto?

ELENA.

Sí, señor.

GENERAL.

Buena hija! Un tesoro, Alberto, un tesoro! Vamos, vamos... Basta de llanto. He visto... y con gusto... á qué mentir? que el periódico de usted arrecia en su oposicion. Ya se vé! Como dentro de pocos dias recibirá usted el sacerdocio de inviolable!..

ALBERTO.

No atribuya usted á esa circunstancia, señor General... La razon está en que hay momentos en la vida política de los pueblos...

GENERAL.

Tiene usted razon!.. Ministerio más singular! siempre como Quevedo; ni sube, ni baja, ni se está quedo. Y eso que mi hermano es el pájaro pinto que le ilumina. Pero yo les aseguro, tanto á él, como á sus farautes, que me han de oir en esta legislatura! Querido Alberto, duro en ellos, sobre todo en el ministro de Gracia y Justicia! Lo era tambien, cuando mi pobre hijo!..

ELENA.

Abuelito!..

ALBERTO.

El señor Marqués...

ESCENA XII.

ALBERTO, EL MARQUÉS, GENERAL, ELENA.

MARQUÉS.

Buenos dias, hermano.

GENERAL.

Adios.

ALBERTO. (Saludando.)

Señor Marqués.

MARQUÉS.

(Saluda á Alberto de una manera altiva y desdeñosa. Alberto hace un movimiento ira; vá á dirigirse á él.)

ELENA. (Conteniéndole.)

Alberto!

ALBERTO. (Aparte.)

Dentro de pocas horas rugirá sobre tu cabeza el huracan de la revolucion.

GENERAL. (Mirando al Marqués.)

Vanidoso, como su madre!

ALBERTO.

Podré decir á mi hermana?..

ELENA.

Qué respondo, abuelito?

GENERAL.

Lo que tú quieras, hija mia.

ELENA.

Iré.

GENERAL.

Que te acompañe Gertrudis.

ELENA. (Saludando.)

Señor General...

GENERAL. (En voz baja.)

Adios, y duro en ellos; sobre todo en el de Gracia y Justicia.

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS, EL GENERAL.

GENERAL.

He visto, hermano, y no quisiera haberlo visto, la frialdad y desdeñosa altanería con que has recibido el saludo de Alberto.

MARQUÉS.

No merece otra acogida, quien tan insolente como lenguaraz..

GENERAL.

Alberto es mozo de ingenio; su pluma es de las pocas que no desfiguran la lengua de Cervantes; acaba de ser elegido representante de la nacion...

MARQUÉS.

Y vive acariciando la idea de ser con el tiempo heredero de una ilustre familia...

GENERAL.

Y qué mal habria en ello? Hijo Alberto de padres honrados...

MARQUÉS.

No tiene en mucho el buen nombre de sus padres, cuando su conducta es el escándalo de la sociedad.

GENERAL.

Hermano!.. Una acusacion de ese género...

MARQUÉS.

Tan grande es el número de sus aventuras amorosas, que ya le llaman los libertinos el terror de las familias.

GENERAL.

Bah, bah, bah! Envidias de burlados y quejas de abandonadas... Como es jóven y elegante, nada tiene de extraño que alguna de esas Magdalenas arrepentidas, que pasan la mañana en visitar iglesias y en recoger limosnas...

MARQUÉS.

Hermano!

GENERAL.

Pues si es verdad! Quieres hacer en él un crimen de aquello mismo que tú!... No se me ha olvidado todavía la historia de tus amores con cierta niña...

MARQUÉS.

No me recuerdes hoy...

GENERAL.

Cómo que no? Seducir á una pobre huérfana, ocultándole nombre y estado; abandonarla más tarde con el fruto de su imprudencia y de tu locura, y no volver á preguntar por ella, ni aún despues de viudo!

MARQUÉS.

La tranquilidad de mi familia me impuso tan doloroso sacrificio! Bien sabe Dios que mi sincero arrepentimiento despues...

GENERAL.

Ha sido tal, que ni siquiera te ha sugerido la idea de reparar de viejo... tus extravíos de mozo. Pues hasta ahora Alberto no ha ido tan lejos.

MARQUÉS.

Bien, hermano, no hablemos más de Alberto, que mayor cuidado me preocupa en estos momentos.

GENERAL.

Habla, pues, que ya escucho.

MARQUÉS.

Tú conoces la singularidad de mi posicion política...

GENERAL.

Sí, creada por tí, exclusivamente por tí.

MARQUÉS.

Se han empeñado en decir eso...

GENERAL.

Y tú en demostrarlo hasta la evidencia.

MARQUÉS.

Figúrate, pues, cuál no habrá sido mi asombro y mi abatimiento á un mismo tiempo, cuando me han dicho esta mañana que abandonas tu tienda, como Aquiles, y que te colocas al frente de la oposicion en el alto cuerpo colegislador.

GENERAL.

Y no te han dicho más?

MARQUÉS.

Nada más.

GENERAL.

Pues hubieran podido añadirte, que nos reunimos aquí esta noche unos cuantos senadores, para acordar las bases de un mensaje, que no ha de ser de tu agrado.

MARQUÉS.

Pero eso es cierto, hermano?

GENERAL.

Y tan cierto como es.

MARQUÉS.

Y rompes así, de manera tan brusca, con un ministerio, que justamente anoche acordó premiar tus merecimientos?

GENERAL.

Hola! Habíais resuelto sin duda mi deportacion á Ultramar con cadena y grillos de oro? Te has equivocado, hermano; yo no he vendido ántes, yo no vendo ahora, yo no venderé nunca mis ochenta años de independencia y de honra.

MARQUÉS.

Vamos, está visto: no hay medio de entenderse contigo; á lo mejor te vas por los cerros de Úbeda, y sin causa, ni razon...

GENERAL.

Achaques de la edad.

MARQUÉS.

Interpretas mis palabras de un modo... y entre hermanos...

GENERAL.

De padre, pero no de madre.

MARQUÉS.

Qué has querido darme á entender?

GENERAL.

Que somos hijos de un mismo padre, pero no de una misma madre: que tú has heredado de la tuya su patrimonio y su orgullo, sus títulos y sus preocupaciones, y yo de la mia su natural desden á las grandezas humanas.

MARQUÉS.

Yo te he visto, sin embargo, luchando con brios para conquistar el poder que nunca ha ido á tus manos.

GENERAL.

Para conquistarlo, no; para derribarlo, sí. Y haré lo mismo siempre que se ejerza la venganza en nombre de la sociedad: más claro, señor Marqués; siempre que se levante el cadalso político en nuestra pátria.

MARQUÉS.

No hay otro freno para los díscolos.

GENERAL.

No hay mayor insulto á la civilizacion.

MARQUÉS.

El verdugo, señor General...

GENERAL.

Dá garrote al hombre, pero no á la idea.

MARQUÉS.

El escarmiento asusta...

GENERAL.

A los mercaderes, pero no á los mártires; «la fé siembra de flores

»el calvario que atraviesan, y arroja su nombre, cubierto de gloria, »á la veneracion del porvenir.»

MARQUÉS.

Te has vuelto loco.

GENERAL.

Sí; estoy loco, porque quiero hacer de tí un alma: porque me rebelo contra un absurdo sangriento en nombre de la caridad; porque me obstino en creer, que no puede ser crímen hoy lo que será mañana una virtud. Si á causa de todo eso me he vuelto loco, ¡bendita sea mi locura, que por ella vivo en una region, imágen del Paraiso; mundo en que la justicia, centella santa de la sabiduría y de la clemencia de Dios, no derrama sobre el error la sangre del extraviado, sino que sustituye el hacha del verdugo con la luz de la enseñanza! Tú, en cambio, estás cuerdo; diriges, como más te agrada, los negocios del Estado; tienes á tu disposicion siete autómatas que obedecen el resorte de tu voluntad, y vives tranquilo y sosegado porque no te alcanza la responsabilidad legal de sus actos. Señor Marqués! señor Marqués!... ellos responderán de su conducta en la asamblea; tú responderás por ellos en el tribunal de Dios.

MARQUÉS.

No hubiera dicho tanto ninguno de esos filósofos modernos que tienen en contínua alarma á las familias.

GENERAL.

Sí; debe ser cosa que espanta á las familias, eso de querer que los gobiernos tengan ojos y vean el punto á que se encamina la civilizacion; tengan oidos y escuchen el grito de la humanidad.

MARQUÉS.

Conque á los ochenta años te has vuelto un furioso revolucionario?

GENERAL.

Sí.

MARQUÉS.

Por consiguiente el ministerio...

GENERAL.

No debe contarme en el número de sus parciales.

MARQUÉS.

Lo siento, por tí.

GENERAL.

Por mí? Que me arranque mi diploma de General.

MARQUÉS.

La accion del Gobierno es vigorosa...

GENERAL.

Cuando no atropella las leyes.

MARQUÉS.

En un golpe de Estado nada hay seguro.

GENERAL.

Mis condecoraciones serán mi escudo, en un lance extremo; porque ha de saber el señor Marqués de San Jorge, que no van en mi pecho prendidas con alfileres: todas ellas descansan sobre otras tantas cicatrices.

MARQUÉS.

Guerra á muerte, señor General.

GENERAL.

Guerra á muerte, señor Marqués.

ESCENA XIV.

EL GENERAL.

Hombres de Estado! Hombres de Estado! Ése es uno y el pobre no vé más allá de sus narices. Venirse á mí con ofertas!.. Si me dán algo... como por ejemplo... la supresion de la pena de muerte por crímenes políticos... no vacilaré un instante, porque eso ya vale la pena de que un hombre, como yo, se entregue en cuerpo y alma. Me guardaria muy bien de hacer la guerra á un ministerio, que ar-

rojara entre los partidos esa conquista de la humanidad. Todo lo contrario. Haria esculpir el decreto en una plancha de oro y guardaria despues la plancha en el sepulcro de mi hijo, victima de nuestras discordias civiles.

ESCENA XV.

EL GENERAL, AMBROSIO.

AMBROSIO.

Decia yo, señor General...

GENERAL.

Otra vez!

AMBROSIO.

Criado fiel y celoso, de marino atrevido y robusto...

GENERAL.

En otro tiempo te hubiera ya curado de esta impertinencia, atándote á un cañon.

AMBROSIO.

Pero como ha pasado ese tiempo...

GENERAL.

No me impacientes, Ambrosio...

AMBROSIO.

Y V. E. no puede hacer que me aten á un cañon, ni me cuelguen de una entena...

GENERAL.

Ambrosio!

AMBROSIO.

Tiene que oir, mal que le pese, lo que yo quiera contarle; que para eso he servido en la marina real española, y sido grumete en la fragata Concepcion, y timonel en la Trinidad, gran navio de tres puentes, y me encontré á bordo del Algeciras la tarde gloriosa y funesta del combate de Trafalgar, y me rompieron el bautismo

allí con gran sentimiento mio, pero con mucha gloria de mi comandante y ningun provecho de nuestra pátria...

ESCENA XVI.

EL GENERAL, ELENA vestida de luto, AMBROSIO y GERTRUDIS.

ELENA.

Adios, abuelito.

GENERAL.

Te marchas ya?

ELENA.

Sí.

GENERAL.

Has dicho que te pongan el coche?

ELENA.

Para qué? Esto me servirá de paseo.

GENERAL.

Adios, hija mia... un abrazo ..

ELENA.

Con alma y vida.

ESCENA XVII.

EL GENERAL, AMBROSIO.

AMBROSIO.

Decia pues, que como he prestado tantos y tan señalados servicios, y sé además que el mar negro no es de tinta, ni el mar blanco de leche, ni el golfo de Méjico es juego de naipes, ni está el canal de la Mancha junto al de Valdepeñas, me parece que he comprado el derecho de abrir los ojos al señor General, mucho más cuando se trata de la honra de su nombre.

GENERAL.

Mi honra está muy alta, señor timonel de la Santísima Trinidad...

AMBROSIO.

Pues entonces se ha caido de las cofas del navio Almirante, porque es lo cierto que hoy anda por los suelos.

GENERAL.

Habla, Ambrosio.

AMBROSIO.

Yo sentiria que V. E...

GENERAL.

Vamos...

AMBROSIO.

Tampoco extrañaria yo que la envidia y la maledicencia...

GENERAL.

Pronto.

AMBROSIO.

Es el caso, señor, que aseguran los ociosos del barrio, que la señorita Elena tiene un galan, el cual ronda los balcones de esta casa.

GENERAL.

Qué más!

AMBROSIO.

Alguno añade que es mozo de travesura el rondador...

GENERAL.

Adelante.

AMBROSIO.

Por supuesto, que pasa por moneda corriente lo de que es correspondido...

GENERAL.

Prosigue...

AMBROSIO.

Todo esto valdria poco, porque yo estoy seguro de que el nuevo don Juan Tenorio no ha penetrado á escondidas en este recinto, si la señorita Elena no hubiera tomado la costumbre de preferir la compañia de Gertrudis, moza avispada y servicial, á la de Ambrosio, viejo gruñon é inabordable, en sus paseos solitarios.

GENERAL.

Miserable!

AMBROSIO.

Si me ahoga V. E., no podré decir lo que sé.

GENERAL.

Habla, pero que sea pronto; y desgraciado de tí si la prueba no acompaña á la delacion!

AMBROSIO.

Yo no delato á nadie, señor General. He servido á mi pátria con la fé de un soldado, y cuarenta años á V. E. con la fidelidad de un perro. He visto hoy que la honra en tierra corre más peligros que en la mar, y como la enfermedad es aguda, no he querido que el remedio llegue tarde. (Entregándole la carta: el General la recorre rápidamente y exclama.)

GENERAL.

Honra de mi hijo! Honra mia! (Dejándose caer en el sillon y cubriéndose la cara con las manos.)

AMBROSIO.

Si lo dije yo! En materias de amor se escribe con lágrimas, cuando acusa la conciencia.

GENERAL. (Levantándose.)

Has leido esta carta?

AMBROSIO.

Sí, señor.

GENERAL.

A nadie revelarás?...

AMBROSIO.

Señor General, estoy á bordo; ya no sé yo lo que reza ese papel.

GENERAL. (Estrechándole la mano.)

Gracias, Ambrosio.

AMBROSIO.

Señor General!...

GENERAL.

Déjame solo. (Se sienta; desdobla otra vez la carta, y cae el telon.)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete.—Despacho en casa de Alberto: librería; mesa de ministro, sillas y sillones de gutapercha.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, poco despues MARÍA.

BEATRIZ.

Mucho tarda Alberto!

MARÍA.

Salió temprano; á las ocho de la mañana.

BEATRIZ.

Solo?

MARÍA.

No, señora; vino á buscarle su amigo y compañero de infancia don Gonzalo.

BEATRIZ.

Y sabes, por casualidad, adónde iban?

MARÍA.

Segun dijo el señorito, á oir una misa por el eterno descanso de su padre.

BEATRIZ.

Su padre! Que viva siempre en ese error! Qué hace Isabel?

MARÍA.

Adentro, con la señorita Elena.

BEATRIZ.

Dame aquella cartera.

MARÍA.

Esta?

BEATRIZ.

Sí. Déjame.

ESCENA II.

BEATRIZ.

Dia diez y nueve de Febrero!.. Hoy hace años que murió! Hoy hace años que el vecindario de Madrid acudió en tropel, como si se tratase de una fiesta popular!.. (Pausa.) Era tan bueno! Cárlos mio! No tendrá queja de mí! No he faltado, no faltaré al juramento que me exigió! (Saca de la cartera algunos papeles; los recorre rápidamente y se fija en uno de ellos.) En garrote vil! Un hombre tan bueno! Tan generoso! Qué iniquidad! Conservaré esta carta mientras viva. Me la escribió pocos dias antes de nuestro matrimonio.

(Leyendo.)

«Te agradezco, Beatriz, la confesion que me has hecho: la verdad no mancha. Te quiero mucho, para que me arredren las preocupaciones de la sociedad. Quién no habrá pecado en la tierra? El arrepentimiento, Beatriz, es el bautismo del extravio; es la primera bendicion de la clemencia divina. Huerfana tú, sola en el mundo!.. Pobre criatura! Pobre Alberto! Bendiga el sacerdote nuestra union

y yo seré su padre y llevará mi nombre. Quieres más? En cambio, Beatriz, júrame por el amor de tu hijo, por la salvacion de tu alma...» (Déja de leer.) Se lo juré y lo he cumplido. Veinte y cinco años de soledad y de lágrimas! A excepcion de alguno que otro amigo de Alberto! Nadie! Nadie! mis hijos y mis recuerdos! Alberto mio!.. Su padre... (Levantándose.) Villano, villano,villano!.. La memoria de su infamia me desconcierta, me exalta, me irrita. A tenerle cerca de mí, con las uñas solamente...

ESCENA III.

BEATRIZ, ISABEL, ELENA.

BEATRIZ.

Qué quieres, hija mia?

ISABEL.

Verte; estar á tu lado.

BEATRIZ.

Agradezco á usted, Elena...

ELENA.

No me hable usted de ese modo; usted ha sido la madre de la huérfana en los años de su infancia: uno mismo es el dolor que atormenta nuestras almas; pues bien... lloremos juntas.

BEATRIZ.

Qué corazon tan hermoso!

ISABEL. (Notando la inquietud de Beatriz.)

Qué tienes?

BEATRIZ.

La tardanza de Alberto me inquieta.

ISABEL.

Tranquilízate: me habló anoche de una reunion de escritores públicos, para protestar contra no sé qué decreto del gobierno.

BEATRIZ.

Hija mia, el corazon de una madre se engaña pocas veces. Alberto no es el mismo; de algun tiempo acá vive preocupado y taciturno; su mirada es inquieta y recelosa, y es tan grande el número de cartas que escribe, que involuntariamente he fijado en ello mi atencion.

ELENA.

Es natural: la lucha ha sido terrible en el colegio electoral y la votacion muy reñida. Qué tiene de extraño que sus electores...

BEATRIZ.

De que ese cambio tan repentino en su carácter me alarme y contraríe, no se deduce, hijas mias, que yo vea con disgusto el giro que ha dado á su inteligencia y el vuelo que toma su ambicion. No le disculpeis, que yo no le acuso. Muchas gracias, Elena, en nombre de Alberto. (Campanillazo.)

ELENA.

Señora...

ISABEL.

Ya le tenemos en casa.

BEATRIZ.

Gracias á Dios!

ESCENA IV.

ELENA, BEATRIZ, ISABEL, ALBERTO, GONZALO, ROBERTO y CAMILO.

ALBERTO.

Madre mia! Elena...

BEATRIZ.

Señores...

ALBERTO. (A Elena.)

Mis compañeros de redaccion. (A Gonzalo.) La señorita Elena de Garcerán.

BEATRIZ.

Ven acá, hijo: no te he visto en toda la mañana. Y qué descolorido! Y despeinado y deshecho el lazo de la corbata...

ALBERTO.

La discusion ha sido muy violenta... Ya te habrá dicho Isabel...

BEATRIZ.

Sí.

ALBERTO.

Algunos querian encerrarse, prudentes ó medrosos, en la dignidad del silencio; pero yo he combatido con energía ese descabellado propósito. Enmudecer la imprenta! Jamás. Mi palabra ha sido fácil y enérgica; las ideas se agolpaban en tropel á mi imaginacion... Hoy, madre mia, he reñido mis primeras armas en el palenque de los debates públicos, y te juro, por la memoria de mi padre, que no me contarán en el número de esos diputados mudos, figuras de movimiento en el teatro mecánico de la política, «que dicen sí ó nó, »porque figuran en el presupuesto, y figuran en el presupuesto por»que dicen sí ó nó.

ISABEL.

Cuándo serás ministro, Alberto?

ALBERTO.

Eso va largo, Isabel.

ISABEL.

Qué lástima!

BEATRIZ.

Pues me han dicho que se notaba cierta agitacion...

GONZALO.

Ninguna, señora; invenciones de la policía...

ALBERTO.

Es verdad que las gentes manifiestan su descontento en conversaciones privadas, pero de esto á provocar un conflicto en las calles, hay una distancia inmensa. El pueblo, madre mia, está cansado de trastornos inútiles, de movimientos estériles, de motines que solo dejan el recuerdo de las ilusiones que se llevaron ó de las esperanzas que se perdieron. Dentro de los leyes cabe la lucha. Se puede lograr el bien, sin apelar á ese terrible espectáculo de una muchedumbre sin freno que la sujete, ni palabra que la convenza. No hay temor por ahora...

BEATRIZ.

Te creo, Alberto. (Alberto, Gonzalo, Camilo y Roberto hablan entre sí.)

ISABEL.

Se me figura, mamá, que quisieran estar solos.

ELENA.

Nos iremos á tu habitacion.

BEATRIZ.

Bueno.

ALBERTO. (A sus amigos.)

Poco antes de anochecer.

BEATRIZ.

Alberto! (Este se separa de los demás.)

ALBERTO.

Madre mia!

BEATRIZ.

Tú eres el único apoyo de mi vejez!

ALBERTO.

Lo sé.

BEATRIZ.

Hoy es el aniversario de la muerte de tu padre!

ALBERTO.

Lo sé.

BEATRIZ.

Tu padre murió en un cadalso!

ALBERTO.

Lo sé.

BEATRIZ.

Adios, Alberto.

ALBERTO.

Adios, madre mia.

ESCENA V.

ALBERTO, GONZALO, ROBERTO, CAMILO. Todos se agrupan alrededor de la mesa.

ALBERTO.

Poco antes de anochecer.

GONZALO.

Y está todo corriente?

ALBERTO.

Todo.

CAMILO.

Los depósitos de fusíles...

ALBERTO.

Perfectamente dfstribuidos.

CAMILO.

Las proclamas...

ALBERTO.

Impresas ya.

CAMILO.

Quién las ha escrito?

ALBERTO.

Yo.

ROBERTO.

Y han merecido la aprobacion de los padres graves?

ALBERTO.

Sí.

GONZALO.

Seremos pocos ó muchos?

ALBERTO.

Sobra gente.

GONZALO.

Ahora.

ALBERTO.

Qué quieres decir con eso?

GONZALO.

Que cuando llega el momento, es siempre escaso el número de los que practican.

ALBERTO.

No lo creo.

GONZALO.

La experiencia se encargará de demostrártelo.

ALBERTO.

Desconfianzas tuyas.

GONZALO.

Presentimientos de este corazon, que no me ha engañado nunca.

ALBERTO.

Imposible.

GONZALO.

Imposible? Nuestro grupo se compone de seis personas...

ALBERTO.

Es verdad.

GONZALO.

Faltan dos. Sandoval, que pasa por el más atrevido, y Alvaro, que es el más prudente y meticuloso.

ALBERTO.

Ya vendrán.

GONZALO.

Cuándo? Antes ó despues de la revolucion? (Aparece Álvaro.)

ESCENA VI.

ALBERTO, CAMILO, GONZALO, ROBERTO, ÁLVARO.

ÁLVARO.

Buenas tardes, gente fiel.

TODOS.

Adios.

ALBERTO. (A Gonzalo.)

Lo ves?

GONZALO. (En voz baja á Alberto.)

Y Sandoval?

ALBERTO.

Cómo has tardado tanto?

ÁLVARO.

Porque lo ha querido así Dios, que vela sin duda por nuestra seguridad y el buen éxito de nuestra causa. Vais á reiros de mí y á poner en tela de juicio mi valor; pero no me importa. Yo sé que no he de ser traidor á mi bandera y que moriré en mi puesto si es preciso. Oid.

TODOS.

Oigamos.

ALVARO.

Venia yo con el afan de ser el primero, cuando me detuvo un recuerdo histórico, frente al número 28 de la calle Ancha de San Bernardo. En aquella casa, de modesta apariencia hoy, vivió durante muchos años, y de allí salió para morir en un cadalso D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias.

ALBERTO.

«El famoso ministro de Felipe III.»

GONZALO.

«Parece que en aquel tiempo se ahorcaba á los ministros?»

CAMILO.

«Ya se ha perdido esa costumbre.»

GONZALO.

«Como otras muchas.»

ALBERTO.

«Adelante.»

ÁLVARO.

Meditaba yo, fijo como un poste y taciturno como un filósofo, sobre la fragilidad de las grandezas humanas, cuando ví, que con ademan resuelto y sospechoso acelerамiento, atravesó la calle y se entró en la direccion de Ultramar, nuestro amigo, correligionario y compañero, Rodrigo Sandoval.

CAMILO.

Á qué iria?

GONZALO.

Sábelo el diablo! Lo he dicho muchas veces! Sandoval es apropósito para cualquier felonia.

ALBERTO.

Silencio. Prosigue.

ÁLVARO.

A pocos minutos llegó tambien á aquella no estéril, sino fecunda dependencia del Estado, el célebre Marqués de San Jorge.

GONZALO.

Hola! El Mefistófeles de los ministros.

CAMILO.

La ninfa Egeria de la época.

ALBERTO.

El maese Pedro de esta situacion.

GONZALO.

Qué lástima! No vive en el número veintiocho de la calle Ancha de San Bernardo.

CAMILO.

Ni Felipe IV es rey de España.

ALBERTO.

Señores! Continúa.

ÁLVARO.

Tardaron los dos en salir como una media hora. El Marqués se fué derecho al ministerio de Gracia y Justicia, y Sandoval, á quien seguí desde lejos, habrá depositado á estas horas en los oidos del ministro de la Gobernacion, su patriotismo y su independencia.

(Pausa.)

ALBERTO.

Todo lo dicho no pasa de ser una sospecha, sin fundamento que la autorice.

GONZALO.

Con todo, Alberto...

ALBERTO.

Además, Sandoval es, hace muchos años, amigo personal del Marqués de San Jorge.

ÁLVARO.

Las cinco.

ALBERTO.

Acabemos. Dentro de una hora... Respeto á la propiedad, segu-

ridad á la familia, clemencia con el vencido. Si hay lucha, como la habrá, serenidad en el combate. Despues de la victoria...

ÁLVARO.

Díme, Alberto, quiénes serán ministros despues de la victoria?

ALBERTO.

Quiénes lo han de ser? Vaya una pregunta! Lógicamente, los jefes de nuestro partido.

ÁLVARO.

Yo supongo entonces que los jefes de nuestro partido se encontrarán á nuestro lado en los momentos de peligro?

ALBERTO.

Eso no es conveniente; no se ha visto nunca.

ÁLVARO.

Y díme, Alberto; y si el derecho de la fuerza es más poderoso que la fuerza del derecho, quiénes serán juzgados por un tribunal de justicia y entregados al verdugo?

ALBERTO.

Nosotros.

GONZALO.

La partida no es igual.

CAMILO.

No es igual, no. (Pausa.)

ALBERTO.

Iré yo solo.

TODOS.

Contigo siempre! (Se abrazan.)

(Aparece Sandoval.)

SANDOVAL.

Magnífico grupo!

ESCENA VII.

ALBERTO, CAMILO, GONZALO, ÁLVARO, ROBERTO, SANDOVAL, que es recibido con marcada frialdad.

ALBERTO.

Sandoval!

ÁLVARO.

No te esperábamos ya.

SANDOVAL.

Por qué razon? Porque he tenido la humorada de dar cuenta al Gobierno de nuestros proyectos? (Sorpresa general.) Porque he dicho al ministro que se proceda esta misma noche á la prision de Alberto y á la de todos vosotros? (Momentos de silencio.) Tanto perjudica, Alberto, á las revoluciones un arrojo inconsiderado, como el exceso de precaucion y prudencia. Yo me he valido de la astucia, para adormecer al tigre que nos acechaba. El señor Marqués de San Jorge espera á mañana, acariciando á estas horas la ilusion de nuestro infortunio, y no sospecha que antes de que nos alumbre el primer sol, habrán desaparecido hasta los vestigios de una dominacion que nos envilece.

ALBERTO, RODRIGO Y ROBERTO.

Bien, Rodrigo, bien. (Le estrechan la mano.)

ÁLVARO. (Asomando por el bolsillo del gaban el cañon de su rewolver.)

(Por si acaso, no me apartaré ni un momento de su lado y á la menor señal de flaqueza ó de traicion...)

ALBERTO.

Vamos, pues. Valor y clemencia con el vencido. (Llamando.) Isabel!

(Se dan todos la mano.)

ESCENA VIII.

BEATRIZ, ELENA, ISABEL, ALBERTO, GONZALO, CAMILO, ROBERTO, ÁLVARO y SANDOVAL.

BEATRIZ.

Qué? no comes en casa?

ALBERTO.

Sí, señora, pero es temprano aún.

BEATRIZ. (Con intencion y mucho sentimiento, estrechándole la mano.)

Alberto!

ALBERTO. (Besándola la mano.)

Madre mia!

BEATRIZ.

Adios.

ALBERTO.

Isabel...

GONZALO. (Á Beatriz.)

Señora!

(Roberto, Camilo, Gonzalo, Álvaro y Sandoval, saludan respetuosamente á Beatriz.)

ALBERTO. (Aparte.)

Elena! Mañana pediré tu mano al señor General.

SANDOVAL. (Despues de saludar.)

Pobre familia!

ESCENA IX.

BEATRIZ, ELENA, ISABEL.

ISABEL.

Qué te ha dicho Alberto al despedirse!

ELENA.

Nada.

ISABEL.

Secretos conmigo, Elena?

ELENA.

Mañana lo sabrás todo.

ISABEL.

Y por qué no ahora?

BEATRIZ.

Ay!

ISABEL.

Qué es eso, madre mia? No sé qué gusto tienes en revolver esos papeles!

BEATRIZ.

Una vez al año, Isabel! No es sacrificio tan penoso consagrar un dia entero á su memoria! He rezado esta mañana al pié de su sepultura; paso la tarde recordando la hermosura de su alma.

ISABEL.

No soy yo tu amiga, tu hermana?

ELENA.

Sí, mi hermana!

ISABEL.

Crees por ventura, que no he sospechado ya?..

ELENA.

Isabel!... Lo sabrás todo; pero respeta, por hoy siquiera, las razones que me obligan á callar lo que no será mañana un misterio para nadie.

ISABEL.

Bien, Elena, bien: estoy acostumbrada á obedecerte en todo. Quiera el cielo que desaparezcan pronto los obstáculos que se oponen á tu felicidad!

ELENA.

Á la nuestra!

ISABEL.

Viviremos juntas!

ELENA.

Seremos felices, porque nos amaremos siempre.

ISABEL.

Sí, siempre!

ESCENA X.

BEATRIZ, ELENA, ISABEL, MARÍA.

MARÍA.

Milagrito será que yo me equivoque... observaré desde este balcon!...

BEATRIZ.

Qué es ello, María?

MARÍA.

Nada señora: se me figura que anda la gente por la calle más aprisa que tiene de costumbre.

BEATRIZ. (Levantándose.)

De veras?

ISABEL.

No te asustes, mamá.

MARÍA.

Yo juraría... Hola! Salir á estas horas y de uniforme el General que vive enfrente? Pues á pasar revista no será.

BEATRIZ. (Aparte.)

Alberto! Alberto!...

MARÍA.

En la esquina hay un grupo bastante numeroso de paisanos, todos ellos embozados en sus capas.—El grupo toma la calle abajo, con direccion á la Puerta del Sol.—Las gentes se asoman á los balcones.—El señor Manuel ha cerrado la tienda.— El señor Manuel! Ciertos son los toros! El señor Manuel! (Alejándose del balcon.) Revolucionario más testarudo! Cuando no está preso, le andan buscando... Y eso que estuvo en Manila! Vaya un modo de escarmentar! Ya se vé! Como le dieron tabaco para el camino, y á él le gusta fumar de gorra! Encenderemos luz, que ya se va haciendo de noche!...

BEATRIZ.

Sí, sí, Alberto no ha querido decírmelo... y ha hecho bien.

ISABEL.

Crees tú, María?

ELENA.

Alberto! Protégele, Dios mio!

MARÍA.

Sí, señorita; noche toledana. Ni se comerá con sosiego, ni dormiremos con tranquilidad; porque de seguro el señorito Alberto!... Con eso de ser periodista y representante de la nacion, segun él dice, se habrá creido obligado!... Inocenton! Si me hubiera pedido á mí consejo!... En mi tiempo habia de estas cada lunes y cada martes; pero las gentes de importancia se encerraban en su concha, como los galápagos, mientras duraba el peligro, y cuando este habia pasado, asomaban la cabeza y estiraban las manos para agarrar

lo que más falta les hacia. (Campanillazo.) Quién será? (Entra y vuelve con luces.)

ESCENA XI.

BEATRIZ, ELENA, ISABEL, MARÍA, AMBROSIO.

MARÍA.

El señor Ambrosio.

ELENA.

Qué has visto? qué sucede?

AMBROSIO.

Hasta ahora, nada. Mucha gente por las calles, mucha tropa en los cuarteles, mucha vigilancia en los cuerpos de guardia, mucho miedo en las tiendas de comestibles, mucho grito de... abajo el Gobierno! en la Plaza Mayor y en la del Progreso y en la de la Cebada y en la de Santo Dómingo, y mucha alegria en las gentes pacíficas y sedentarias, porque todo esto prueba la mucha prevision del Gobierno y la mucha popularidad de los ministros. Dicen que se trata solamente de una manifestacion pacífica: pero yo tengo para mí, que á la postre ha de haber tiros y cargas de caballería y hasta cañonazos, porque los insurrectos no retrocederán en su propósito, segun de público se cuenta. Todo esto me lo ha asegurado el señor General á quien han victoreado los descontentos, porque hace la guerra en el Senado á su hermano el señor Marqués de San Jorge. Con tal motivo, señora, su excelencia me dijo... Ambrosio, Elena está fuera de casa y es preciso que vayas á buscarla... Y yo, obedeciendo como buen marino, metí mis setenta años en la berlina del amo y aquí me tiene usted. Vámonos, pues, señorita; el abuelito estará impaciente y bueno será que entremos en el puerto antes que arrecie el chubasco ó se convierta en desastrosa borrasca.

(Elena toma el sombrero y el abrigo.)

BEATRIZ.

Y se sabe quiénes son los que estan al frente del movimiento?

AMBROSIO.

Eso no se sabe nunca hasta despues de terminado el conflicto. costumbre tan añeja en la historia de nuestras revueltas, que es ya un artículo de fé en el decálogo secreto de los partidos. Por eso no he querido yo afiliarme nunca... que si no... la aficioncilla y algo que siento aquí de retozon y bullicioso, me empujan hácia la plaza del Progreso; pero como los años me estorban y la experiencia me aconseja lo contrario, me limitaré hoy á averiguarlo todo, á enterarme de la autoridad que se asusta, del ministro que se esconde y del diputado que claudica ante la proximidad de un cataclismo, que no se esperaba.

ELENA.

Hasta mañana, Isabel.

BEATRIZ.

Adios, hija mia.

ESCENA II.

ISABEL, BEATRIZ.

BEATRIZ.

Qué será de tu hermano?

ISABEL.

Volverá pronto. Así te lo ha dicho y cumplirá su palabra. Ya sabes, madre mia, que no son de su agrado esos movimientos populares que cambian la organizacion de la sociedad y asustan á las famílias. Andará de calle en calle y de plaza en plaza, averiguando el origen de esa agitacion tan repentina.

BEATRIZ.

Sin embargo, Isabel; al separarse de nosotras, me estrechó la mano con no acostumbrada vehemencia; con esa intencion profunda que vá derecha al alma de una madre, y que en el lenguaje mudo del cariño, quiere decir... *si no nos volvemos á ver, acuérdate de mí!*

ISABEL.

Imaginaciones tuyas, sin fundamento, ni razon. Hé ahí lo que consigues con la lectura de esas páginas escritas por mi padre en las últimas horas de su vida. Atormentarte y afligirme!

BEATRIZ.

¿Y quieres que renuncie á esa parte de su herencia, para mí la más querida y estimada? No, Isabel. En esas páginas se encierran una esperanza legítima, una idea cristiana, el grito de la humanidad! Escucha, Isabel, y escucha con respeto, porque es un cadáver el que habla con la lengua del porvenir. (Leyendo.)

Cárcel de villa.—Dia diez y nueve de febrero.

Dentro de pocas horas subiré al cadalso; me quitarán la vida, porque creo en lo que otros no creen, en lo que hoy es un crímen y mañana será un dogma.

La bendicion de la posteridad es la recompensa de los mártires.

Están ciegos y no ven! Se les figura que entierran con el cadáver el espíritu que le anima! Insensatos! La pena de muerte! Herencia inícua que legó á la conveniencia propia, el egoismo de las generaciones pasadas. La opinion no es un crímen, no lo será nunca. Mi doctrina es santa; brota del corazon y se respira en la atmósfera; Dios la dejó escrita en las páginas del Evangelio. Afortunado el siglo que la proclame! el Gobierno que la establezca!

El pueblo! El pueblo! Idiota y gigante á la vez, inspira compasion ó espanta! Se olvida de sus derechos, porque no conoce su fuerza!

Hoy vendrá á verme y no se dará cuenta del festin que arroja á sus instintos voraces la mogigatocracia del dia. Contemplará mi cadáver, sin conocer que el verdugo ha dado garrote en mi persona á la magestad de su soberanía. Es natural! Se agita en las sombras; la luz de la enseñanza no perfecciona todavía la inteligencia de los que se visten con harapos. Para qué ha de penetrar en las bohardillas y en los patios la antorcha de la sabiduría? Pobre miseria!

Dentro de algunos años bendecirán mi nombre!

Ya es hora! El sacerdote me llama, virtuoso anciano cuya bendicion será la gloria eterna de mi alma!

Adios, Beatriz mia! Educa á mi Isabel en la religion del Crucificado! No violentes nunca las inclinaciones de Alberto! Cuando pise el último escalon del patíbulo, volveré mis ojos hácia Valencia y os bendeciré á los tres!

El verdugo! Mis enemígos son mis hermanos; los perdono! Están ciegos y no ven!—Beatriz! Isabel! Alberto!...

ESCENA XIII.

BEATRIZ, ISABEL: poco despues NICOLÁS, MARÍA.

NICOLÁS. (Dentro.)

Quiero ver á la señora.

MARÍA.

Y quién eres tú?

NICOLÁS.

Pues, qué? No me conoce usted? Soy Colás, el muchacho de la imprenta.—Ea; déjeme usted pasar, que tengo prisa.

MARÍA.

Chiquito, chiquito! (Entran Nicolás y María.)

NICOLÁS.

Buenas noches! Uff!.. qué cansado estoy!..

BEATRIZ.

Qué es de Alberto? Sabes tú por ventura?

NICOLÁS.

Pues no lo he de saber? Hola! su despacho. No es tan lujoso como el de cierto personaje á quien yo he visto más de una vez y de quien pudiera referir...

BEATRIZ.

Respóndeme.

NICOLÁS.

No he conocido en mi vida política, tan corta y tan poco aprove-

chada, á un hombre de más ingenio y travesura! Era á un mismo tiempo ministro y redactor de un periódico ministerial, y encontraba siempre el medio de censurar á sus colegas.

BEATRIZ.

Bien: pero yo quiero que me digas...

NICOLÁS.

En dónde está el señorito Alberto?

BEATRIZ é ISABEL.

Sí, sí.

NICOLÁS.

A eso voy.

BEATRIZ.

Dónde?

NICOLÁS.

En la Plaza Mayor; levantando barricadas, abriendo zanjas, artillando parapetos... Porque ha de saber usted que nos hemos sublevado «en nombre de la ley», y que no soltaremos las armas de la mano, hasta restablecer el órden en la administracion y la moralidad en el Gobierno. Proclama canta; aquí la tengo; la sé de momoria.

BEATRIZ.

Pero, y Alberto?

NICOLÁS.

Qué mozo más templado! Y no lo digo porque usted esté delante... Con doscientos que hubiera como él!.. A todas partes acude, en todos los sitios se le encuentra; dá órdenes, reparte fusiles, distribuye cartuchos, arenga á la multitud. Vaya! Si aquello es para visto y no para referido... Y cuidado si hay allí gente! Unos gritan, otros corren, quién aplaude, quién se rie, quién murmura! Se ha nombrado una junta con su presidente y su secretario. Por supuesto, que el señorito Alberto es de la junta y de los principales... No, no!.. Y con él no juegan! Allí ha tenido una agarrada con tres ó cuatro señores de bigote largo y de cabellos grises, que ya, ya!..

BEATRIZ.

Prosigue.

NICOLÁS.

«Y le sobraba razon por encima de la cabeza. Lo que él dijo! Generales al frente del ejército, aquí no. Y qué aplauso le dimos cuando pronunció esas palabras mágicas que revelaban todo un sistema de gobierno! Y á eso llegaremos, si Dios nos dá vida y salud. Que no siempre hemos de vivir sugetos á esa especie de teocracia moderna con tanto relumbron y tantas insignias! Teocracia por teocracia, valia más la de los conventos, que aquella al fin daba sopa y hablaba de modo que se la entendia; pero esta no dá sopa y habla una lengua, que tiene los tres géneros; el masculino, el fémenino y el neutro; más claro; que unas veces dice H, otras veces R, y luego hace lo que más le conviene.»

BEATRIZ.

Pero, nada te ha dicho para nosotras?

NICOLÁS.

Cómo que no?.. Colasillo, vete á casa, tranquiliza á mi madre; que no se acongoje, que no se amilane, porque el triunfo es seguro... Y esto me lo dijo apretándome la mano y mirándome de un modo, que al instante eché á correr y he venido por esas calles, como perro con maza. (Beatriz inclina la cabeza sobre el pecho; Nicolás lia un cigarrillo de papel.)

ISABEL.

Madre mia!

MARÍA.

Señora!

BEATRIZ. (Con energía.)

Es verdad.

NICOLÁS. (Encendiendo el cigarrillo en un fósforo y fumando.)

Qué es eso? Ánimo, señora; no hay cuidado; Dios abrirá camino! Con que... me vuelvo á la plaza. Duerman ustedes sin temor, que nosotros velaremos. Buenas noches y viva la libertad!

ESCENA XIV.

ISABEL, MARÍA, BEATRIZ.

MARÍA.

Locura semejante! Verá usted cómo nos dá que sentir!

BEATRIZ. (Paseándose en la mayor agitacion.)

Quién sabe! Acaso no se empeñe la lucha á viva fuerza!... Las circunstancias influyen tanto... El descontento público... La voluntad de la nacion manifestada recientemente... la impopularidad de los ministros...

VOCES DENTRO.

Abrid las puertas! .. Luces en los balcones! Viva la libertad!

BEATRIZ.

Si no estuviera seguro del triunfo, no me lo hubiera enviado á decir... sí... sí... debo tranquilizarme... (Descargas á lo lejos: Beatriz cae de rodillas, fija los ojos en el cielo y exclama:) Jesus! Dios mio! Dios mio!

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero. Luces.

ESCENA PRIMERA.

AMBROSIO, ELENA.

ELENA.

La una de la noche.

AMBROSIO.

Cuál habrá sido el resultado de la batalla? El señor Marqués de San Jorge se fué al ministerio de Estado y aún no ha vuelto. No se quejará su excelencia de la guarnicion! Ni un soldado se ha unido á los revoltosos!.. Pobrecita! Me da lástima! (Colocando una caja de pistolas sobre la mesa.)

ELENA.

Pero díme, Ambrosio: sabe el General?..

AMBROSIO.

Que si lo sabe! Yo mismo se lo he dicho, con estas palabras... La señorita Elena está ya en casa...

ELENA.

Es la primera vez que el General, que mi padre!..

AMBROSIO.

Vamos, no llore usted. Esas lágrimas me abrasan el corazon! Preocupado su excelencia con los acontecimientos de esta tarde, se ha olvidado sin duda... Quiere usted que entre en su cuarto y se lo recuerde?

ELENA.

No.

AMBROSIO. (Aparte.)

Será prudente que cargue las pistolas. La prevision nunca está demas. Pudiera suceder que algunos merodeadores de oficio... y teniéndolas aqui á la mano, siempre es más fácil...

ESCENA II.

AMBROSIO, ELENA, EL GENERAL.

GENERAL.

Y mi hermano?

AMBROSIO.

Se marchó de casa á las cinco, y fuera de casa está.

GENERAL.

Véte.

ESCENA III.

ELENA, EL GENERAL.

GENERAL (Aparte.)

No he podido resistir más tiempo al deseo de verla, de hablar con ella.

ELENA.

Señor...

GENERAL.

¿Quién me llama? Ah!.. Eres tú! (Elena se apoya sobre los hombros del General y llora.) Por qué lloras? Qué pena te aflige? (Elena se arrodilla.) Por qué te arrodillas? Qué remordimiento te acongoja? Levántate, Elena: te lo suplico.

ELENA.

No señor.

GENERAL.

Te lo mando.

ELENA.

Obedezco. (Se levanta.)

GENERAL.

Habla, pues, Elena.

ELENA.

Lo haré para recordarte la edad infantil de la huérfana, aquella edad apacible y risueña, tranquila siempre, y no turbada nunca en sus alegrías por el ceño adusto del anciano que me sirvió de padre.

GENERAL.

No quieras saber, Elena, la causa de mi desvío; déjame sumergido en la tristeza de mi silencio.

ELENA.

Padre mio!

GENERAL.

No he olvidado yo, no olvidaré nunca aquellos años inocentes que tu imprudencia recuerda ahora! Diera por verte, como entonces te veia, la mucha gloria de mis cicatrices, la poca sangre de mis venas!

ELENA.

Qué, no puede ya mi cariño dulcificar los tormentos de tu alma?

GENERAL.

No.

ELENA.

Por qué?

GENERAL.

Elena, cruzó mi juventud el espacio de la vida á merced del viento y de las olas, del rayo de la tempestad, del escollo de los mares. Aquella existencia, amenazada siempre dentro de la inmensidad del peligro, tenia á mis ojos el encanto del porvenir, rico de gloria en los sueños de un marino, bautizado con sangre agena y propia en la rota de Trafalgar. Clavados mis ojos en el horizonte, ya tenebroso por el grupo de nubes que le oscurecia, ya apacible y claro por el sol que nos alumbraba, yo me figuraba, de pié sobre el puente de mi barco, ganoso de tropezar en mi camino con el extranjero, enemigo de mi patria, ó con el pirata, azote de la humanidad, que no habia más placer que el de la victoria, ni otra amargura que la del naufragio, ni otro dolor que el de la muerte... Más tarde, Elena, se dispertaron en mi corazon sentimientos de índole contraria; el hogar doméstico fué el puerto á que me recogí y el cariño á mi familia, despues de la del Calvario, la religion de mi alma. Conjunto inesplicable de felicidad suprema y de dolor profundo, la mano del tiempo no ha arrancado todavía de mi memoria ese largo período de mi vida, que terminó al fin en una inmensa catástrofe, sobre los escalones de un cadalso!

ELENA.

Padre mio! Padre mio!

GENERAL.

A tí te dejó huérfana la iniquidad humana y á mí me entregó en depósito tu felicidad y tu honra. Desde ese momento, Elena, me consagré entero á tu cuidado, no hubo género de sacrificios que yo no hiciera por tí; renuncié contento á la misteriosa estrella del navegante y no volví á pisar el alcázar de mis reyes, temeroso que me echáras de menos en la florida arena de tus juegos infantiles. Te acompañaba de dia y te velaba de noche; y cuando el cansancio cerraba mis párpados, á la hora en que el sol abria tus ojos para que se recrearan en la hermosura de la naturaleza, y llegabas tú á mi lecho y me dispertabas con tus caricias, sin tomar en cuenta, ni el insomnio reciente, ni la magestad de mis canas, ni una sola vez

te recibí con ceño adusto, ni te reprendí con palabras rudas, porque has de saber, Elena, que una niña ha sido siempre, para el anciano á quien despierta, un ángel de Dios que se le aparece, la luz de la esperanza que le anima, la felicidad que le sonrie. Cuán ageno estaba yo de que era aquella bienandanza la limpia superficie de una vida, que guardaba en su fondo un abismo de desesperacion y de vergüenza! Yo sabia que el espectáculo de la miseria conmovia el corazon, que el crímen horrorizaba, que la calumnia extremecia, que con el hijo muerto se enterraba el alma del padre vivo; pero no sabia el dolor que causa y la llaga que abre en el sentimiento de la dignidad humana, eso que ruboriza y confunde, eso que enciende la megilla y enrarece la mirada, que roe las entrañas como el buitre, que mata en la oscuridad, como el asesino, que presenta al escarnio público el cadáver de su víctima, como el verdugo... eso Elena, que se llama, la deshonra de una familia.

ELENA.

Padre!...

GENERAL.

Elena!...

ELENA.

Lo diré todo; el secreto me dolia; el remordimiento me atormentaba. Hará seis años... sí, seis años... no vivia yo á tu lado... vivia en el colegio...

GENERAL. (Con la carta en la mano y leyéndola á trozos á la luz de la lámpara.)

Yo te amo y te amaré siempre... se me ha quedado impresa en la memoria.

ELENA.

Tenia yo catorce años... era inocente y modesta; mis compañeras me llamaban hermosa, y me reia; un jóven me lo dijo y le creí.

GENERAL.

La duda me ofende; dentro de poco seremos felices, porque en nadie reconozco el derecho de oponerse á nuestra voluntad!

ELENA.

Me miró tantas veces con ternura... habia tanta verdad en sus

palabras... me pintaba con tan vivos colores el sentimiento de su amor...

GENERAL.

Responde á quien te pregunte, que me amas; yo arrancaré la lengua á quien te ultraje.

ELENA.

Niña, indiscreta... ardiente la imaginacion y la voluntad sin freno!... Cinco años de lucha obstinada y de ternura incesante!...

GENERAL.

La Iglesia, legitimando nuestra union, secará el llanto de tus ojos, devolviéndote el sosiego, que te arrebató un momento de exaltacion ó de locura. Cobarde! Cobarde!

ELENA.

Padre mio!

GENERAL.

Y no está su nombre al pié de este padron de ignominia, pero sí el tuyo en sus renglones, el de Elena Garcerán, el de la hija de un hombre que fué mártir, el de la nieta del más viejo y más honrado almirante de Castilla. Tan medroso como calculador, no ha querido exponer las gracias de su persona á la punta de mi espada, ó á la bala de mi pistola.

ELENA.

Oh! señor; no le conoce usted!

GENERAL.

Para averiguar quién sea, tendrá que ir de calle en calle, de café en café, de teatro en teatro, preguntando á los primeros que encuentre, á la muger honrada y á la muger perdida, al mozo desenvuelto y al viejo egoista, cómo se llama el hombre que ha gravado este sello de miseria y degradacion en la historia de mi familia? Y de este modo llevaré de plaza en plaza mi deshonra, escrita en la frente y publicada por mi lengua. Su nombre, Elena, su nombre!..

ELENA.

No le pronunciará mi boca, padre mio.

GENERAL.

Elena!

ELENA.

Califique usted, si quiere, de ingratitud mi negativa; pero yo sé que no olvidaré nunca, ni su ternura, ni sus beneficios. Dentro de pocas horas estará en manos de usted mi porvenir, la tranquilidad de mi conciencia: hasta que llegue ese instante supremo para mí, porque ha de ser el de mi rehabilitacion ó el de mi desengaño, me he impuesto el sacrificio doloroso de callar, de sufrir en silencio reconvenciones justas; sacrificio que llevaré á cabo, padre mio, siquiera me amenace usted con su ódio y su desprecio.

GENERAL.

Elena, no por mí; por la buena memoria de tu padre, es necesario que tú me digas... que yo sepa... Te hablaré, Elena, con la franqueza del soldado que ha tenido siempre en mucho su fama y su honor, con la desesperacion del viejo que se vé precisado á llevar junto al cadáver de su hijo el cadáver de su honra!.. Si te obstinas en ocultarme su nombre...

ELENA.

Es inútil, señor; y yo quisiera... porque, la verdad es, que al ver á usted en ese estado de agitacion, la pena me ahoga y el llanto se agolpa á mis ojos; y aquí, aquí, el grito de tantos años de felicidad!.. Pero, no, no... se lo he prometido.

GENERAL.

No?

ELENA.

No.

GENERAL.

Que no, Elena? (Elena permanece inmóvil.) Entonces, yo sé lo que hacer me toca. Elena, desde este momento el padre se convierte en juez. Durante ochenta años he respirado una atmósfera limpia; emponzoñada ya esta atmósfera... Desde hoy, Elena, quiero vivir solo, porque quiero morirme solo!

ELENA.

Pobre de mí! Adios, señor General...

GENERAL. (Aparte.)

Y me abandona!.. Ingrata!

ELENA.

Arrojada de la casa en que he nacido!..

GENERAL.

Como si hubiera muerto, Elena, como si hubiera muerto! La ira me ciega! Y no olvides en los dias de amargura que te restan, que no solo te acompañan mi indiferencia y mi desden, sino que te precede mi maldicion, Elena!

ELENA.

Padre! (Aparece Alberto pálido y desencajado.)

ESCENA IV.

ELENA, EL GENERAL, ALBERTO.

ELENA.

Alberto mio! (Arrojándose en sus brazos.)

ALBERTO.

Elena!

GENERAL. (Tomando y amartillando una de las pistolas que están sobre la mesa.)

Miserable!

ALBERTO.

Por qué, señor General? Porque he protestado contra una dominacion que compromete á cada instante la independencia y la dignidad de mi pátria?

GENERAL.

No defenderá nunca bien, ni la independencia ni la dignidad de su patria, quien no ha respetado ni la santidad del hogar, ni la hon-

ra de una familia. Alberto de Sotomayor y Acuña, no se entra impunemente en el terreno vedado; quién así abjura de antecedentes que honraban, de merecimientos que enaltecian, llama sobre su cabeza el castigo de su infamia.—Ni el respeto á la dignidad agena, ni el recuerdo de una amistad antigua, ni la veneracion á mis cabellos blancos, ninguna consideracion humana te detuvo en tu propósito, y atravesaste por la espalda el corazon del anciano. Alberto de Sotomayor y Acuña, la tierra estaba cubierta de flores, pero dentro de ella rugia el huracan de los terremotos; levantábase el monte coronado de nieve, pero hervia en sus entrañas el fuego de los volcanes; las flores de su inocencia, y la nieve de mis canas cubrian juntas este pedazo de tierra deleznable; pero aquí se agitaba ardiente y vigoroso el sentimiento de mi honra! Alberto, vas á morir!..

ELENA. (Colocándose delante de Alberto.)

Padre!

ALBERTO. (Separándola.)

Elena!

ELENA.

Señor General, eso es cometer un asesinato. (Gran pausa.)

GENERAL.

Es verdad. Ofendido en lo más santo que tiene el hombre, el General Eusebio de Garcerán exije de usted una reparacion con las armas en la mano. (Entregándole una pistola y tomando la otra.)

ALBERTO.

No es la primera vez que las preocupaciones absurdas de la sociedad han puesto en mi mano el arma de los duelistas, y puedo asegurar á usted, que no he retrocedido nunca ante la casualidad que mata, ó la destreza que asesina; pero hoy es diferente: como para defender mi vida es preciso que mire cara á cara á mi adversario, y el arrepentimiento y la vergüenza han clavado mis ojos en tierra, de nada me sirve este aciago instrumento de la muerte.

GENERAL.

Alberto!

ALBERTO.

Pobre y de cuna poco ilustre, se hubiera calificado por el Marqués de San Jorge, de cálculo ó locura, la sinceridad de mis sentimientos. ¿Quién era yo, humilde periodista y diputado oscuro, para pretender la mano de la única heredera de un nombre glorioso en la historia de nuestras guerras, y de un título que ha inmortalizado la tribuna de nuestros parlamentos?—Queria yo, señor General, presentar mañana á la vanidad del segundo el orgullo de la victoria, y ofrecer de rodillas al primero el fresco laurel de mi naciente popularidad. Mi mala estrella ha echado por tierra el castillo de naipes que levantaban mi ambicion y mi cariño, y Alberto de Sotomayor y Acuña, que habia penetrado en esta casa, de noche y perseguido, fiando su salvacion á la generosidad de su huésped, tiene que salir de ella con las lágrimas en los ojos y la desesperacion en el alma.

COMISARIO. (Dentro.)

Quiero entrar y entraré.

PORTERO.

Respete usted la casa del General Garcerán, de un Senador del Reino.

COMISARIO.

Obedezca usted en nombre de la ley.

ESCENA V.

ELENA, EL GENERAL, ALBERTO, AMBROSIO.

AMBROSIO.

Señor... señor... El comisario de policia seguido de toda la ronda, se empeña en registrar la casa.. dice que se ha refugiado en ella el jefe principal de la insurreccion...

ELENA.

Padre mio!... Padre mio!...

GENERAL.

Justicia de Dios!

ALBERTO.

Ya lo ve usted; ceda el justo encono ante la fosa que me abrirá pronto la severidad de nuestras leyes. El General Garcerán fué el compañero y el amigo... no niegue usted al hijo, en testimonio de reconciliacion y de olvido, la mano que dió usted al padre pocas horas antes de que subiera al cadalso!

(Gran pausa: el General impasible.)

ELENA.

Ambrosio, que suban. Madrid, España, el mundo entero sabrá por la boca de esta pobre mujer, sin familia desde hoy, sin asilo mañana, que el General Garcerán en una noche de persecucion y de luto, de sangre y de incendios, cerró á un proscripto las puertas de su albergue.

COMISARIO. (Dentro.)

Basta ya. Arriba.

(El General Garcerán agarra de la mano á Alberto y le entra en su habitacion, cerrando la puerta.)

ESCENA VI.

ELENA, AMBROSIO, EL COMISARIO DE POLICIA, LA RONDA en el fondo. EL GENERAL.

COMISARIO.

Caballero...

GENERAL.

Qué quiere usted? Quién es usted?

COMSARIO.

Un comisario de policía; y en cumplimiento de mis deberes, de mis penosos deberes... (Aparte.) Dónde se habrá ocultado?

GENERAL.

Se halla usted en las habitaciones del General Garcerán y del Marqués de San Jorge.

COMISARIO.

Lo sé; pero como tengo la seguridad de que se ha escondido aquí la persona á quien busco, no me iré de aquí sin registrarlas.

GENERAL.

Pues yo no permitiré que se atropelle mi domicilio, sin una órden escrita, como previenen las leyes.

COMISARIO.

«Yo cargo con la responsabilidad del paso que voy á dar. Decla»rada la capital en estado de sitio, vencida la insurreccion y reuni»do ya el consejo de guerra en el cuartel de San Francisco...»

GENERAL.

»No es digno de un hombre honrado aumentar el número de las »víctimas.»

COMISARIO.

»No entro nunca en esas filosofías: me mandan y obedezco. (Apar»te.) Así, como así, su captura me vale un ascenso.»

GENERAL.

»Sabe usted quién yo soy?»

COMISARIO.

»V. E. me lo ha dicho.»

GENERAL.

»Ignora usted que una indicacion mia seria lo bastante?...»

COMISARIO.

»Para que yo dejara de ser comisario de policía?... Es verdad, »pero hasta que eso suceda...»

GENERAL.

»Mañana mismo será usted destituido...»

COMISARIO. (Fijando la vista en la puerta cerrada.)

»Tendré paciencia. Pero entre tanto, señor General... (Aparte.) »Allí está.»

GENERAL.

»Nunca.»

COMISARIO. (Señalando á la ronda.)

»La resistencia es inútil.»

GENERAL.

»Tendrá usted que pasar por encima de mi cuerpo.»

COMISARIO.

»Con harto dolor de mi corazon, pero si no hay más remedio... »pasaré, dando en seguida cuenta al Gobierno de que V. E. rebelde »á la autoridad...»

(Se abre la puerta de la derecha y aparece Alberto.)

ESCENA VII.

ELENA, EL GENERAL, AMBROSIO, EL COMISARIO, ALBERTO. La ronda en el fondo.

ELENA.

Dios mio!

COMISARIO.

Tenia razon el Senador del Reino; mañana dejaré de ser comisario, porque seré Inspector y obtendré además la cruz de Cárlos III.

GENERAL.

Qué ha hecho usted?

ALBERTO.

Todas las salidas estaban tomadas; he preferido entregarme yo mismo, á que me prendieran como á un facineroso.

COMISARIO.

Es usted don Alberto de Sotomayor y Acuña?

ELENA.

No, señor.

ALBERTO.

Sí, señor; ese es mi nombre.

ELENA.

Alberto!

COMISARIO.

Siendo así, tenga usted la bondad de venir con nosotros.

ALBERTO.

Doy á usted gracias, señor General... llevo clavada en mi corazon una espina dolorosa; la de haber hecho á usted desgraciado en os últimos dias de su vida.

ELENA.

Alberto!

ALBERTO.

Adios, Elena; consuela á mi madre!

ELENA.

Alberto mio! Sola en la tierra ya!

(Gran pausa. El General estrecha la mano de Alberto, y apoyándose con el brazo izquierdo en el cuello de Elena, dice:)

GENERAL.

Morirá usted como murió su padre?

ALBERTO.

Se lo juro á usted.

ELENA.

Padre mio! Alberto!

GENERAL.

Ni una palabra más. Nos haríais llorar y esas gentes se burlarian de nuestras lágrimas. Adios.

ELENA, ALBERTO.

Adios.

ESCENA VIII.

ELENA, EL GENERAL, AMBROSIO.

AMBROSIO.

«Sabuesos de oficio! Qué alegres van! Como han hecho presa! «Hasta que haya una limpia! El tal comisario con su lenguaje hipo- «critón y su aire de neo-católico!...»

GENERAL.

Elena! Tranquilízate, hija mia!

ELENA.

Oh! Le matarán! Se vengarán así de la elevacion de sus ideas, de la energía de su palabra! Les molestaba su ingenio, les hacia sombra su popularidad!.. «Medianías estériles y orgullosas, que la casua- »lidad y la adulacion encumbran, vivid tranquilas, que nadie en mu- »cho tiempo se atreverá á disputaros el cetro de una autoridad que »llegó á vuestras manos por el camino de la apostasía y la lisonja.» Le matarán, sí, le matarán!

GENERAL.

Por Dios, Elena! La rebelion contra el Gobierno es un delito que castiga la ley.

ELENA.

No puede ser ley justa la que hace de igual condicion al hombre que proclama una idea regeneradora y fecunda, impracticable y absurda, si se quiere, al hombre que por cálculo ó por venganza se convierte en ladron ó en asesino. Yo comprendo, padre mio, que la autoridad ahogue en sangre la rebelion, hasta encadenarla; pero no comprendo que despues del triunfo, se dé al mundo el espectáculo de la inhumanidad y la barbarie!

BEATRIZ. (Dentro.)

Elena! Elena!

ELENA.

Jesús! Madre! Madre! (Se abrazan al encontrarse.)

ESCENA IX.

BEATRIZ, ELENA, ISABEL, AMBROSIO, EL GENERAL.

BEATRIZ.

Elena! Sabes tú de Alberto? Qué es de Alberto? En dónde está Alberto? He recorrido inútilmente todos los sitios del combate; entre los presos no está, porque me lo hubieran dicho; entre los muertos tampoco, porque no estaria yo aquí... Señor General?.. Nadie me responde... Qué significa este silencio?.. Elena... Elena...

GENERAL.

Tranquilícese usted... Aun no es desesperada la situacion de Alberto...

BEATRIZ.

Luego usted sabe dónde está... Qué es de él? Herido por ventura?

GENERAL.

No, señora... Le hemos visto... le hemos hablado, no hace diez minutos...

BEATRIZ.

Ay!

GENERAL.

Pero la fatalidad...

BEATRIZ.

Qué?.. qué?.. La verdad... dígame usted la verdad!..

GENERAL.

La fatalidad ha hecho!.. Le expiaban tan de cerca!.. Logró penetrar en esta casa, y aquí... á pesar mio...

BEATRIZ.

Le han preso?..

GENERAL.

Sí, sí, madre desventurada! Á estas horas responderá ante un consejo de guerra.

BEATRIZ.

Un consejo de guerra!.. Pero... eso es la muerte!.. «Verdugos!..» Vamos, vamos de aquí... Quiero verle... quiero sacarle de allí... (Risa convulsiva.) Figúrese usted, General, si le habré criado yo con tanto cariño, para que muera de ese modo! Y por qué? Cuál es su crímen? Haber hecho lo que otros han hecho, lo que á otros ha valido consideracion y aplauso!... Oh!.. Eso es imposible, imposible!..

GENERAL.

Sin embargo, señora, la ley...

BEATRIZ.

La ley! la ley! la ley! Qué tiene que ver con eso el corazon de una madre? Vamos, Isabel, vamos...

GENERAL.

Y á dónde? Crée usted acaso poder sobornar á sus carceleros, enternecer á sus jueces? No; los unos responderán con palabras rudas á los ruegos de usted; los otros darán su voto de muerte, ahogando dentro de su corazon el llanto que les arranca el cumplimiento de su deber.

BEATRIZ.

Pues qué... no hay medio, no hay esperanza?

GENERAL.

Ah!

ISABEL, BEATRIZ, ELENA.

Qué?

GENERAL.

Una sola. Ambrosio... Mi uniforme de Capitan general de la armada... Mis bandas y mis cruces.

ELENA.

Padre!

BEATRIZ.

Señor...

GENERAL.

Sí; no puede ser de otro modo. A mí se me abrirán las puertas del palacio. Imágen de Dios en la tierra, la clemencia es la prerogativa más santa de los reyes! Veinte años hace que no he penetrado en ese augusto recinto! Entraré esta noche en él y hablaré allí el lenguaje de la verdad! Harta sangre española se ha derramado en los campos de batalla! harta sangre española ha enrojecido el código de nuestros derechos! De rodillas á los piés del trono, yo seré esta noche el eco del sentimiento público ó «el juicio de la posteridad!» El uniforme! la cruz de San Fernando!

(Ambrosio ayuda al General. El diálogo dura todo el tiempo que emplea en vestirse.)

AMBROSIO.

La de Cárlos III.

GENERAL.

Excelente rey! En su tiempo se expulsó á los padres Jesuitas.

AMBROSIO.

La cruz de la marina.

GENERAL.

Aquí; donde se vea bien: me la dieron, porque salvé la vida á un pobre contra-maestre á riesgo de la mia.

AMBROSIO.

Ayer estuvo aquí el contramaestre.

GENERAL.

El truhan se ha obstinado en asistir á mi entierro y se saldrá con la suya.

AMBROSIO.

El gran cordon de la Legion de honor.

GENERAL.

Ese no: mi baston y mi sombrero. Adios, hijas mias, adios!

BEATRIZ. (Acompañándole hasta la puerta del foro.)

Señor General.

ELENA.

Padre mio!

GENERAL.

Adios, adios!

AMBROSIO.

Pues yo no me quedo aquí; le acompañaré á palacio y de allí me iré á las prisiones militares para enterarme de todo lo que ocurra; y como yo fuera vocal del consejo de Guerra... ya era fácil que condenara á muerte á los revoltosos!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion: está amaneciendo.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, ISABEL, ELENA, Dos criados se llevan las luces: Elena asomada al balcon, Beatriz sentada en un sillon, Isabel al lado de Beatriz.

ELENA.

Nadie! Nadie! Y asoma ya la luz del dia!

BEATRIZ.

Y Ambrosio?

ISABEL.

Tampoco ha vuelto.

BEATRIZ.

Dios mio!

ELENA.

No perdamos la esperanza.

BEATRIZ.

La he puesto en Dios! Y apelaré de la justicia de los hombres á la rectitud de la suya!

ELENA.

Y se atreverán, madre mia?

BEATRIZ.

Á todo: la pasion política es un vértigo que mata la razon y seca la fuente de piedad que hay en el alma. Los hombres llaman flaqueza á la caridad y de este modo convierte el resentimiento la vida de los partidos en una larga cadena de procesos y de escándalos. Nadie se perdona en ese laberinto de ambiciones impacientes y la ferocidad del rencor se manifiesta á cada paso.

ISABEL.

La juventud de mi hermano...

ELENA.

La popularidad de Alberto, la reputacion que se ha ganado con sus escritos...

BEATRIZ.

Todo eso le perjudica.

ISABEL.

El nombre de Cárlos de Sotomayor está grabado en los mármoles del Congreso... Levantar el cadalso dos veces para una misma familia!..

BEATRIZ.

Una para el padre!

ELENA.

Y otra para su hijo.

BEATRIZ.

Sí; para Alberto!.. El ruido de un coche!.. El General acaso?.. (Levantándose.)

ELENA. (Asomándose al balcon.)

Ay! No es él!

ESCENA II.

BEATRIZ, ELENA, ISABEL, EL MARQUÉS, DE SAN JORGE.—Entran dos criados y retiran las luces.

MARQUÉS.

Buenos dias, Elena... Señoras...

(Un extremecimiento convulsivo se apodera de Beatriz. Sus ojos centellean, su fisonomia cobra nueva vida.)

BEATRIZ.

Jesus! Jesus!..

(El Marqués se sienta junto á la mesa y recorre algunos papeles que saca del bolsillo.

ISABEL.

Madre mia!..

BEATRIZ.

Quién es ese hombre, Elena? Cómo se llama ese hombre?

ELENA.

Mi tio el Marqués de San Jorge.

BEATRIZ.

El orgulloso magnate que rige los destinos de este pais... el árbitro de la monarquia española... ese hombre, cuyo capricho se respeta... cuyo resentimiento mata... gobierno sin ser ministro?.. Dejadme á solas con él... Es preciso que me oiga... es preciso que yo le hable.

ISABEL.

Tranquilizate primero... Cómo quieres en ese estado de agitacion y de aturdimiento?...

BEATRIZ.

Tienes razon. Gracias, Dios mio! Bendita sea tu bondad!

ESCENA III.

EL MARQUÉS DE SAN JORGE.

El triunfo ha sido completo: de hoy más la revolucion es impotente. Pobre Sandoval! Vendió á sus hermanos y la muerte se apresuró á recompensar su villanía! Séale la tierra ligera! Los ministros!... Llamados hará media hora por S. M... Los ministros!... A no ser por mí, qué hubiera sido de la familia, de la monarquía, de la sociedad? Ninguno me disputará mañana el laurel de esta victoria. Asome otra vez la estrella de mi dominacion por el horizonte político de mi pátria, pero brille sola en la presidencia del Consejo. La discusion es el caos, no es la luz; la imprenta libre es un delirio; al periodismo que se desborda, sustituya el libro que enseña, á la tribuna que desprestigia, reglamentos que la avasallen; la autoridad en fin, sobre el derecho.

(Aparece Beatriz.)

Marqués de San Jorge, sonó la hora de tu engrandecimiento!.. Tuyo es el poder; empuña con mano vigorosa el timon del Estado...

ESCENA IV.

EL MARQUÉS, BEATRIZ. (1)

BEATRIZ.

Caballero!...

MARQUÉS. (Saludándola con cortesia; pero con orgullo.)

Señora...

BEATRIZ.

Quisiera, si no molesta á usted el oirme...

---

(1) La actriz debe emplear en toda la escena el sarcasmo y la ironía: nada de lágrimas: el sentimiento reconcentrado siempre.

MARQUÉS.

De ningun modo.

BEATRIZ.

Soy madre y es natural que llame á todas las puertas.

MARQUÉS.

No comprendo...

BEATRIZ.

Me esplicaré. Ayer tarde triunfó el Gobierno de una revolucion sangrienta...

MARQUÉS.

Es cierto.

BEATRIZ.

Un hijo mio, el único que tengo, era el jefe de esa revolucion.

MARQUÉS.

Yo ignoraba...

BEATRIZ.

Mi Alberto habrá respondido á esta hora ante un consejo de guerra, de la sinceridad de sus convicciones y de lo infortunado de su estrella!

MARQUÉS.

Los extravios de la ambicion...

BEATRIZ.

El consejo de guerra le habrá condenado á muerte!...

MARQUÉS.

El rigor de las leyes militares...

BEATRIZ.

Usted, sin embargo, puede arrojar en los brazos de la madre afligida al hijo sin ventura!

MARQUÉS.

Yo, señora?...

BEATRIZ.

El Marqués de San Jorge es hoy, más de lo que será mañana, porque mañana pesará sobre él la responsabilidad de sus actos; el Marqués de San Jorge es hoy la inspiracion, el pensamiento, la voluntad del Gobierno; puede, si quiere, suspender el fallo de los tribunales; puede, si quiere, en último extremo, arrancar su víctima al verdugo, y el Marqués de San Jorge querrá, porque se lo ruego yo, porque lo quiero yo.

MARQUÉS.

Dá usted á mi persona una importancia que no tiene. (Aparte.) La voz de esta mujer?...

BEATRIZ.

Usted, senor Marqués, no extrañará la aspereza de mis palabras y la energia de mi carácter, cuando yo le diga que condenada por el desengaño á la desesperacion, vivo hace treinta años en el silencio de la soledad y en la agonia de mis recuerdos. Nací de padres humildes... muy humildes; diéronme sustento la limosna y el trabajo y apenas la juventud hubo colocado sus primeras flores en mi frente, me encontré sola en el mundo, sin otra esperanza, que esa esperanza, que dá la fé, en la misericordia divina.

MARQUÉS.

(Cosa más parecida! No, no... imposible!)

BEATRIZ.

Me encontré sola en el mundo; era hermosa... sí, señor Marqués, muy hermosa! El amor con su encanto y la seduccion con su astucia, tendieron una red á mi inexperiencia y no supe romper á tiempo esa misteriosa cadena, que amarra la voluntad de la niña al embozado libertinage de un hombre sin conciencia.

MARQUÉS.

(No me atrevo á mirarla, por temor de reconocerla...)

BEATRIZ.

Tomó casa en mi barrio un jóven de oficio ebanista, el cual con su esmero y su cuidado logró cautivarme el corazon. Era el man-

cebo de apostura gentil y de palabra fácil y elocuente; vestia con aseo y tan mirado en sus acciones, que, tímido en la apariencia, alejaba de sí lo peligroso. La hipocresía sin embargo, averiguó el camino del alma, y el demonio de la tentacion vendó los ojos de la huérfana. A poco tiempo se convirtió en tristeza mi alegria; á la modestia de la virtud sucedió la confusion del delito: mis dedos se negaron de repente á adornar mi cabellera con las hojas de los jardines, y mis mejillas perdieron el misterioso color de la inocencia: con el afan de olvidarme de mí, trabajaba sin descanso, pero como el sueño no reparaba mis fuerzas, la noche convertia mi morada en un sombrio cementerio en que vagaba inquieto y acusador el espectro de mi honra. Iba por la calle con los ojos clavados en tierra, recelosa de que la mirada de los unos me extremeciera y la mirada de los otros me acusara, y cuando, á impulsos del sentimiento religioso, penetraba humilde en los templos, doblaba allí la rodilla, siempre delante de alguna vírgen, porque asustada, de la justicia del Hijo, buscaba en la ternura de la Madre, el perdon para la mujer extraviada.

MARQUÉS.

(Ella es!)

BEATRIZ.

Una noche!.. Leoncio estaba junto á mí... Se llamaba Leoncio!.. Él festivo y bullicioso, yo reflexiva y melancólica; sus manos acariciaban mis manos y sus ojos me preguntaron la causa de mi abatimiento. Yo entonces, ruborizada y confusa, le dije... que iba á ser madre... y esta nueva produjo en él una impresion tan extraña, que se quedó inmóvil como una estátua, silencioso como un sepulcro, amarillo come un cadáver. Al dia siguiente, recibí una cantidad bastante crecida, que agarré convulsa, y deposité llorando en un Banco de prevision. Aquel dinero, señor Marqués, tenia fuego, porque me abrasó las manos; tenia lengua porque me insultó cobarde; tenia puntas aceradas, porque se me clavaron todas en el corazon. Aquel dinero no era de oro, ni de plata, ni de cobre... era un sarcasmo que arrojaba el libertinage sobre el más puro de los sentimientos; era un látigo con que azotaba el rostro de la mu-

ger imprudente el hombre depravado; era el desierto que establecia entre el hijo y el padre la hipocresía de la virtud.

MARQUÉS.

Beatriz!.! Beatriz!..

BEATRIZ.

Treinta años hace, señor Marqués de San Jorge, treinta años hace de esa funesta aventura! La pobre huérfana no quiso entonces buscar al perjuro que la abandonaba, porque hubiera tenido que rogar al villano que la envilecia; pero hoy es distinto: la Providencia ha hecho que la muger del pueblo penetre al cabo en el alfombrado recinto del orgulloso magnate; que la desvalida madre venga á pedir al padre sin entrañas la vida de su hijo!

MARQUÉS.

Beatriz!.. díme, Beatriz; ese Alberto de que me has hablado antes, ese Alberto que se encuentra hoy bajo el peso de una tremenda acusacion...

BEATRIZ.

Ese Alberto, señor Marqués de San Jorge!..

MARQUÉS.

Es hijo mio, Beatriz, es hijo mio?

BEATRIZ.

Nació el pobre en el rincon de una bohardilla; no tuvo más sustento que el de mi sangre, no le purificaron otros besos, que los de mi boca. Creció más tarde á la sombra de una robusta encina, que se apresuró á cortar la ira de sus contrarios: y ese Alberto, señor Marqués de San Jorge, que fué en la Universidad la gloria de sus maestros, que ha sido en los Liceos la esperanza de las letras, que era ayer en la imprenta envidia de sus parciales y asombro de sus adversarios, y que se hubiera levantado mañana como un gigante en la tribuna, ese Alberto, señor Marqués de San Jorge...

MARQUÉS.

Es hijo mio, Beatriz, no es cierto!!...

BEATRIZ.

Hijo tuyo, mi Alberto? Qué has hecho tú por su madre? Clavar aqui un padron de vergüenza para él. Qué has hecho por él? darle el sér, pero no la vida, porque la vida es el cariño, la educacion, la solicitud del padre en la enfermedad del hijo...

MARQUÉS.

Pero hoy está en mi mano hacer trizas ese proceso que le lleva á un fin desastroso!... Morir en un suplicio el hijo del Marqués de San Jorge!... No lo consentiré.

BEATRIZ.

He aqui el hombre. Vanidad y egoismo! Si se tratase de otro infeliz, del hijo de un zapatero, ni mis ruegos, ni mis lágrimas hubieran ablandado ese corazon de roca!

MARQUÉS.

No hay tiempo que perder... Es preciso que yo le hable... que yo le diga...

BEATRIZ.

Qué, señor Marqués de San Jorge, qué le vá usted á decir? Irá usted á revelarle el misterio de su nacimiento? Eso fuera arrancar á sus ilusiones el prestigio del nombre que lleva; equivaldria á decirle... avergüénzate de la mujer que te llevó en su seno; maldice al padre que te engendró, porque no satisfecho con haber sido el ladron de tus bienes, el ladron de tu gerarquía, viene á robarte hoy, lo único que te legó la generosidad de un mártir, esa herencia de la caridad, legitimada por tus virtudes... A tanta costa, señor Marqués, abandónele usted á su mala estrella: no tema usted que imprudente ó vengativa... No; este secreto bajará conmigo al sepulcro. Sé que me moriré; pero sé que me moriré por él y nada más que por él!...

MARQUÉS.

Y yo no debo en tan crítico momento... (Tira de la campanilla.) He sido ingrato, he sido perjuro .. abandoné á la madre de una manera indigna, pero mi arrepentimiento le devolverá la prenda más querida de su alma... (Aparece un lacayo.) Mi coche.

ESCENA V.

BEATRIZ, EL MARQUÉS, AMBROSIO.

BEATRIZ.

Ambrosio!... Le has visto?

AMBROSIO.

Le he visto.

BEATRIZ.

Le has hablado?

AMBROSIO.

He hablado con él.

BEATRIZ.

Y qué?

AMBROSIO.

Nada.

BEATRIZ.

Ambrosio!...

AMBROSIO.

Para que referir á usted lo qué he visto y oido?

MARQUÉS.

Yo te lo mando.

AMBROSIO.

Obedezco. Salí de aquí trás el señor General y le acompañé hasta palacio. Iba el pobre viejo por esas calles!.... Parecia un muchacho! De allí me encaminé á las prisiones militares, y entré, como otros muchos entraron, á presenciar el consejo. Allí estaba don Alberto, en el grupo de los acusados. Ni una señal de flaqueza! La mirada altiva, la frente serena, la palabra firme y vigorosa, él fué el primero que aceptó con orgullo la condicion de reo. A la acusa-

cion del fiscal, respondió trazando con vivos colores el cuadro del pais. No negó que hubiera tomado parte en la refriega: todo lo contrario: dijo que él habia sido el alma de la insurreccion. El presidente entonces, que por más señas debe de ser un viejo muy honrado, le indicó de cierto modo, que recogiera aquellas imprudentes palabras; pero él!... Que si quieres!...—Agradezco á usted le dijo, la buena intencion, pero yo, ni disfrazo mi pensamiento, ni faltaré nunca á la verdad.—Los ojos del anciano se cubrieron de lágrimas, y con voz trémula ordenó que se despejara el tribunal.

BEATRIZ.

Adelante, Ambrosio, adelante...

AMBROSIO.

Puede usted figurarse, que hice en seguida el diablo á cuatro para hablar con el señorito, y lo conseguí al cabo, por una infinidad de circunstancias que son para esplicadas más despacio. Pobrecillo! No habia hecho más que preguntarme por su madre, por su hermana y por la señorita Elena, cuando nos interrumpieron; y en medio de un silencio profundo, le notificaron su sentencia de muerte. El la oyó con serenidad y estrechándome la mano, me dijo:—vete, buen viejo; dá un abrazo á mi madre y á mi hermana y cuida mucho de Elena. Que rueguen á Dios por mi.

BEATRIZ.

Señor Marqués de San Jorge!...

MARQUÉS. (Tira fuertemente de la campanilla: aparece un lacayo.)

Mi carruage, al momento.

BEATRIZ.

Volando... volando!..

ESCENA VII.

EL MARQUÉS, BEATRIZ, ELENA, ISABEL AMBROSIO.

ISABEL.

Qué sucede, madre mia?..

ELENA.

Ambrosio!..

AMBROSIO.

Nada, señorita, nada.

MARQUÉS.

Si; hay tiempo todavia... Los ministros se apresurarán á complacerme...

BEATRIZ.

Iré con usted.

MARQUÉS.

Para qué?

BEATRIZ.

Quiero verle; no me negarán el consuelo de abrazarle.

ELENA.

Ambrosio, dímelo todo.

AMBROSIO.

Pero, si yo ignoro...

BEATRIZ. (Tirando de la campanilla.)

El coche! El coche!

VOCES Á LO LEJOS.

Viva la libertad!—Viva el General Garceran!—Viva! viva!

BEATRIZ.

Qué tumulto es ese? (Se dirige apresuradamente al balcon.) Ay!.. Allí está... viene!.. sí... sí... es él!.. Le veo!.. Gracias, Dios mio! (Cae de rodillas.)

MARQUÉS.

Beatriz!

ISABEL.

Madre mia!

BEATRIZ.

No es nada!.. La alegría! Ya tengo hijo!... ya tengo hijo!

(Elena, el Marqués, Isabel y Beatriz vuelven al medio de la escena.)

VOCES DENTRO, (Pero más cerca.)

Viva la libertad!—Viva el General Garceran!—Viva! viva!

AMBROSIO, DESDE EL BALCON.

Jesus! qué tropel! qué baraunda! Y el pobre General en medio de ese barullo! Le van á ahogar! viene apoyado en el brazo del señorito Alberto!.. Calla!.. Y un pillastre con blusa se ha puesto su sombrero de General! Adios!.. Catarro de seguro! Y á su edad un catarro!.. Ya están aquí!...

GENERAL (Dentro.)

Órden, señores; no hay que apresurarse; entren todos los que quieran...

(Aparece el General en la puerta del foro: Beatriz y su hija Isabel se arrojan en los brazos de Alberto; Elena en los del General; en esta situacion bajan todos al centro de la escena; el Marqués en primer término á la derecha.)

ESCENA VII.

BEATRIZ, ISABEL, ELENA, EL GENERAL, AMBROSIO, ALBERTO, CAMILO, GONZALO, ROBERTO, NICOLÁS Y ALVARO: PUEBLO.

ALBERTO.

Madre mia!

BEATRIZ.

Hijo mio!

ISABEL.

Alberto!

(Elena se arrodilla y besa las manos y las rodillas del General.)

GENERAL.

Elena! Mi pobre Elena! Levántate, hija mia! (Beatriz y su hija se arrodillan tambien á los piés del General.) Por Dios, señora, por Dios!

BEATRIZ.

Cómo agradecer á usted? ..

GENERAL.

A mí no; al trono, que ha interpuesto entre la rebelion y la ley, el manto de su clemencia! (Nicolás se sienta en un sillon que habrá colocado junto al Marqués y le observa con atencion.) Ambrosio, improvisa un almuerzo para esas gentes, y que les sirvan del mejor vino de mis bodegas...

AMBROSIO.

Del mejor?

GENERAL.

Qué murmuras entre dientes? Del que tú bebes... El pueblo Ambrosio, tiene un paladar exquisito. Ya ves que aplaude y victorea, cuando le dan viandas á su gusto.

NICOLÁS.

Sábia determinacion! El General es hombre que lo entiende; porque si aquellos se aperciben de que este es el señor Marqués de San Jorge, se arma aqui una, que ya... ya!...

ESCENA VII.

BEATRIZ, ISABEL, ALBERTO, ELENA, EL GENERAL, EL MARQUÉS, CAMILO, ROBERTO, ÁLVARO, GONZALO y NICOLÁS.

ALBERTO.

Sí, madre mia; son muy amargos los instantes que preceden á la muerte! El suplicio repugna y la eternidad asombra! La imaginacion se exalta y el corazon se recoge en un solo sentimiento, en una sola idea, en Dios!.. La oracion, en ese momento solemne de la vida, tranquiliza el espíritu y el hombre, madre mia, besa entonces con cariño la mano del sacerdote, porque de aquella mano ha de brotar para él su última esperanza.

GENERAL.

Señor Marqués de San Jorge, ya por fin el poder vino á mí. El ministerio ha caido, y su magestad me ha encargado la formacion del nuevo gabinete. Paciencia! Paciencia! Paciencia! (Enseñándole el real decreto.)

MARQUÉS.

Nadie, hermano, te agradece más que yo...

BEATRIZ.

Señor General, pido á usted la mano de Elena, para Alberto, hijo legítimo de don Carlos de Sotomayor y Acuña, muerto en el cadalso. Qué me responde usted?

GENERAL.

Que vengo en ello muy gustoso. Hay que recompensar de algun modo el susto que ha llevado.

ALBERTO.

Elena mia...

MARQUÉS.

Ni aun el consuelo de que sepa...

BEATRIZ.

Ni aun eso!

(Los amigos de Alberto rodean á Beatriz y hablan con ella.)

GENERAL.

Vivireis conmigo, no es verdad? Tengo tal costumbre de verla y de hablar con ella...

ALBERTO.

Y mi madre?

GENERAL.

Formaremos todos, desde mañana, una sola familia. Y ahora, cada cual haga lo que más le convenga. Lo que es yo, me voy á dormir; y cuando el sueño haya reparado mis fuerzas y vuelto su quietud á mi ánimo y su frialdad á mi razon, procuraré organizar un ministerio, para mi pátria, no para mí; gobierno que dicte leyes en armonia con el progreso de la civilizacion y en ese espíritu de caridad, que es la esencia del Evangelio.

FIN.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada, si se suprime lo atajado en las escenas 13 del primer acto, 4.ª 6.ª y 13 del segundo, y 6.ª 8.ª y 9.ª del tercero.—Madrid 14 de marzo de 1863.

El Censor de Teatros.
Antonio Ferrer del Rio.